



ACTAS DEL CONSEJO SUPERIOR DE LA SOCIEDAD SALESIANA

SUMARIO

I. Carta del Rector Mayor

El Año de la Fe y el Centenario de la Basílica de María Auxiliadora. Contexto histórico - I. Cómo celebrar el Año de la Fe - Desorientación de ideas - Nuestro plano doctrinal y de acción - La Catequesis, misión específica de la Congregación - Se impone un examen de conciencia - Decisiones valerosas y coherencia de vida. - II. Cómo celebrar nuestro Año Mariano - La Basílica de María Auxiliadora - María en la historia de nuestra salvación - Compromisos para el Año Mariano: doctrinales, devocionales, apostólicos - Expedición misionera - Centro juvenil - Casa de Ejercicios Espirituales.

II. Comunicaciones

Celebraciones del Centenario de María Auxiliadora - Facultad de rezar el Breviario en lengua vulgar en Comunidad - Nombramiento de Inspector.

III. Documentos

Facultad de rezar el Breviario en lengua vulgar en Comunidad.

IV. Salesianos difuntos

Necrologio - 3er. elenco del 1967.

I. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Roma, 6 de noviembre de 1967

Muy queridos Hermanos e Hijos:

Os escribo ésta desde Roma, donde paso unos días, después de la clausura del Sínodo, al que, como sabéis, he participado. Ha sido un mes de incesante trabajo, con intercambio de experiencias, de perspectivas, de pareceres para resolver los graves y urgentes problemas que se agitan hoy en la Iglesia.

Durante el Sínodo he tenido también la alegría de rendir mi devoto homenaje a S. S. Pablo VI, quien, como siempre, ha demostrado una amabilidad más que paterna hablando de la familia salesiana, que él bien conoce. También he podido, en vuestro nombre, saludar a venerando Patriarca Atenágoras y recibir su cordial abrazo.

He hablado también con numerosos prelados, tratando con ellos de los problemas que interesan a la Congregación. Pero mis contactos más frecuentes los he tenido, como podéis comprender, con los Superiores Generales que conmigo participaban al Sínodo. De esta manera se ha establecido entre nosotros una fraterna y cordial colaboración, no sólo en las cuestiones sinodales, sino también respecto a los problemas que afectan hoy a los Institutos Religiosos.

En cuanto al Sínodo, muchos de los problemas en él tratados nos interesan directamente: como los de la formación, los de la renovación litúrgica; y podéis pensar la importancia capital que tienen también para nosotros los problemas que presentan la fe y la moral.

Puedo aseguraros que el vasto temario ha sido tratado con amplitud y profundidad e ilustrado bajo todos los aspectos: baste anotar que sobre algunos argumentos se llegó al centenar de intervenciones (más de la mitad de los presentes) con la máxima libertad y mutuo respeto, además de las que se presentaron por escrito a la Secretaría.

Las varias comisiones han examinado diligentemente las intervenciones y las han tenido en cuenta al presentar nuevas propuestas a la

aprobación de los Padres sinodales. Y todo esto en un clima de grande serenidad, y, cosa verdaderamente edificante, con la constante preocupación de construir *positivamente*, a la luz de la realidad actual en que vive la Iglesia y de la experiencia de este periodo posconciliar en el cual, junto a tantas cosas verdaderamente buenas y fructuosas, han brotado muchas otras por desgracia no tan buenas y a veces hasta dañosas y condenables.

El grande equilibrio y la constante preocupación que el Sínodo ha demostrado de no apartarse del justo medio me parece deba confortar a toda nuestra familia: en efecto, enseguida después del Concilio y en nuestro completo radio de acción nosotros nos hemos propuesto avanzar, sí, pero siempre con aquel equilibrio y moderación de que el Sínodo nos ha dado un ejemplo tan edificante, confirmando como buena la línea que la Congregación sigue y piensa seguir.

En este nuestro continuo avanzar y renovarnos sin destruir, antes bien construyendo sobre el pasado ,más aún, enriqueciéndolo, los dos grandes acontecimientos que nos preparamos a celebrar el año próximo serán para nosotros la piedra de toque y al mismo tiempo un estímulo eficaz.

El *año de la fe* y el *centenario de la Basilica de Maria Auxiliadora* son para nosotros un unico, armónico y eficaz aliciente en este particular momento histórico de la Iglesia y de la Congregación.

Dejad que me entretenga con vosotros sobre este doble agradable argumento: así mientras satisfago la necesidad de mi corazón, me parece satisfacer también al deseo vivo de tantos Hermanos que esperan precisamente en esta ocasión una palabra de animo y orientación de quien tiene la grave y primaria responsabilidad de guiar la Congregación en estas poco fáciles circunstancias.

Y ahora no más preámbulos.

Contexto histórico de nuestro Centenario

Permitidme en primer lugar que os haga notar el contexto histórico y eclesial, en el cual se inserta nuestra celebración centenaria, porque éste me parece el mejor modo de entender su verdadero y profundo significado.

Vivimos el inmediato posconcilio. Se ha concluido apenas el primer « Synodus Episcoporum » de la historia de la Iglesia, la cual está empeñada a fondo en su propia renovación.

Pablo VI ha proclamado el « Año de la Fe », que debe hacernos profundizar y vivir nuestra fe, para conmemorar con fruto el centenario del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

En el ámbito de nuestra Familia salesiana estamos solidariamente comprometidos en el « reajuste », establecido por el XIX Capítulo General, que ha de llevarse a la práctica en un clima de diálogo sereno y constructivo, y en el compromiso fundamental de una renovación interior, que debe servir para que los miembros de nuestra familia se adapten a las exigencias de su total consagración al Señor y al apostolado propio de la Congregación.

Ahora bien, el Centenario de nuestro máximo templo mariano ofrece la ocasión propicia de encuadrarnos eficazmente en las mencionadas orientaciones y planos de operaciones de la Iglesia y de la Congregación en el momento actual.

En efecto el Posconcilio, comprometiéndonos a la práctica viva y operante de las enseñanzas y directrices conciliares, exige también que en nuestra vida espiritual y en nuestro apostolado sacerdotal y educativo practiquemos los sólidos principios de devoción mariana que el Concilio nos ha propuesto, presentándonos a María SS., a la luz del plano salvífico divino, indisolublemente asociada a Cristo Salvador y a Iglesia en la historia de la salvación.

Tampoco se puede vivir plenamente el año de la fe ignorando a la Virgen. María SS. en efecto es la primera Creyente; ha merecido ser proclamada bienaventurada precisamente por su fe en la Palabra divina, que Le revelaba los designios de Dios sobre Ella: « Bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor » (Lc. 1,45). También el capítulo octavo de la « Lumen Gentium » subraya reiteradamente la fe de María y la presenta como modelo a todos los creyentes.

María además es « objeto » de nuestra fe, pues su misión, sus prerrogativas y sus privilegios son revelados por Dios y pertenecen al depósito de la fe.

María SS. se introduce vitalmente en el mundo de nuestra fe: « en cierta manera reúne en sí y refleja las más grandes exigencias de la fe », como afirma la « Lumen Gentium » (n. 65). En efecto goza de admirables relaciones con las Personas divinas. Está vitalmente presente en la historia de nuestra salvación, habiéndonos dado consciente y libremente al Salvador, mediante su divina maternidad virginal, que la asoció también a toda la acción salvífica del Hijo, acción que se continúa en la Iglesia. Sus privilegios sobrenaturales de perfecta pureza y de plenitud de gracia nos recuerdan las riquezas divinas y los sagrados compromisos de nuestra vocación bautismal. Su gloriosa Asunción nos habla de nuestro destino eterno al que se refiere la gracia de nuestra adopción divina. No es posible pues pensar en María SS. sin sentirse arrastrados a una vida de fe luminosa y operante, precisamente como nos fue inculcada por el Papa en el Año de la fe.

Y también el feliz éxito de todas las iniciativas que desarrolla nuestra grande familia, para llevar a la práctica el XIX Capítulo General, está garantizado por la verdadera devoción a la celestial Patrona, y — con la expresión de don Bosco — Fundadora de la Obra Salesiana. María, en efecto, con su presencia y asistencia materna nos conforta y sostiene para poder desempeñar en el mejor modo posible todas nuestras responsabilidades, como hizo con nuestro Padre, que pudo ir siempre adelante con la ayuda de la Virgen.

El año centenario de la consagración del Templo de María SS. Auxiliadora debe ser por tanto un año mariano, señalado por una más sincera y activa devoción a María SS., contemplada en el misterio de Cristo y de la Iglesia, como nos la presenta el Vaticano II, en el clima de renovación espiritual producido por el Concilio y por el XIX Capítulo General.

El aguinaldo para 1968

Para valorizar estos propicios « signos de los tiempos », estas felices coincidencias, y urgir a nuestra familia para « vivir » el Año de la fe, renovando nuestra devoción mariana según las enseñanzas del Concilio, os propongo este aguinaldo para 1968:

« Acogiendo con devoción filial la exhortación del Sumo Pontífice con ocasión del centenario de los Santos Pedro y Pablo invito a toda la familia Salesiana a celebrar el año de la fe con el generoso y ferviente propósito de — profundizar el valor auténtico de la fe — hacerla consciente y eficaz en la propia vida — dar testimonio de ella en la hora actual con cristiana coherencia.

La Virgen Auxiliadora pilar seguro y baluarte de la fe en el centenario de la consagración de su Basílica de Turín nos aliente en nuestra empresa ».

Como veis, el aguinaldo se fija en dos elementos que caracterizan el precioso año que se nos ofrece delante, Año de la fe, Centenario de nuestro máximo templo mariano; el aguinaldo nos invita a caminar por la segura vía de dos railes: la práctica de la fe, y la renovación de la devoción mariana.

Estos son los dos importantes temas que deseo tratar, para que siguiendo las directrices de la Iglesia y de la Congregación y renovado el fervor de vuestro espíritu, podáis infundir una nueva vida sobrenatural a las almas que os han sido confiadas.

I. - COMO CELEBRAR EL AÑO DE LA FE

El año anunciado por Su Santidad Pablo VI en la Exhortación apostólica « Petrum et Paulum Apostolos » se enlaza con la renovación promovida por el Concilio y con el programa pastoral de la encíclica « Ecclesiam suam ».

No se trata de un acontecimiento aislado, sino de una providencial iniciativa, que nos ayuda a vivir el Concilio y a « sentire cum Ecclesia ». La exhortación para el Año de la Fe tiende a fomentar la vitalidad de la Iglesia dándole conciencia, en todos sus miembros, de su particular misión en el mundo moderno y estimulándola a la renovación interna y externa para su encuadramiento apostólico en el mundo, con el cual debe dialogar para conducirlo a la salvación.

La Iglesia es la sociedad de los creyentes, y la fe es el primer paso de la justificación. Por tanto el Año de la fe contribuye eficazmen-

te a la renovación de la Iglesia haciéndola cada vez más y de manera más eficiente la « sociedad de los creyentes »; la práctica de la fe, viva y operante, favorece su misión salvífica. De este modo se llevan a la práctica los programas pastorales del Concilio y de la Encíclica « *Ecclesiam suam* ».

Estos son los fines que se propone S.S. Pablo VI al conmemorar el centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, como se puede apreciar en el texto de la Exhortación pontificia. El Papa quiere en efecto que « la conmemoración centenaria del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo se resuelva principalmente para toda la Iglesia en *un gran acto de fe*. Y queremos vislumbrar en este aniversario - añade - la feliz ocasión que la divina Providencia ofrece al pueblo de Dios *para que adquiriera una exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla* » (*Exhortatio*, Osservatore Romano, 23 feb. 1967 - *Exhortación*, Ecclesia, 4 marzo 1967).

El mismo Sumo Pontífice nos precisa así los objetivos del Año de la fe. Son los mismos que os he parafraseado en el aguinaldo. La tarea es clara, pero conviene presentarla más concretamente para facilitar su práctica en nuestra vida personal y en nuestro apostolado de maestros y confesores de la fe.

a) *Profundizar el valor auténtico de la fe*

De acuerdo con la S. Escritura y con el Concilio Vaticano II, debemos afirmar que la fe, en su aspecto personal, en cuanto virtud teologal, es la actitud consciente, convencida y libre del hombre respecto de Dios, el cual se revela y se comunica a lo largo de la historia de la salvación, en Jesucristo y en su Espíritu. Esta actitud se muestra en el pleno consentimiento, o sea en la adhesión de la mente, del corazón, de la acción plena y total.

La fe conduce por tanto a la caridad, o sea a la plena comunión con Dios, a la observancia filial de su ley paterna, con la segura esperanza de su ayuda y de la realización de sus divinas promesas. La fe abre pues nuevos horizontes a la vida y la ilumina con divina certidumbre

acerca de los planos salvíficos de Dios, que se realizan en la historia humana mediante la historia de la Iglesia.

Por la fe creemos en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, o sea adherimos firmemente a la SS. Trinidad, operante en nosotros, en la Iglesia y en el mundo; y por esto, afianzados en la gracia, aceptamos con firmísimo asenso de la mente, de la voluntad y de las obras todo lo que Dios ha revelado y realizado a lo largo de la historia de la salvación y que el Magisterio de la Iglesia nos propone para creer como objeto de la Revelación divina.

Nuestra fe es por tanto *teologal*, porque nos une con la SS. Trinidad fuente infinita de luz y de caridad, objeto y motivo supremo de la fe.

Nuestra fe es también *crisológica*, porque Jesucristo es el autor y el perfeccionador de la fe, siendo como es el Verbo divino hecho hombre para comunicarnos los tesoros de verdad y de vida, recogidos en el seno del Padre.

Y además nuestra fe es *eclesial*, porque nosotros recibimos la fe en la Iglesia de Jesucristo mediante el bautismo, que nos introduce en el Cuerpo místico de Cristo, para vivir, dar testimonio y anunciar la fe. Por esto ha sido llamada la Iglesia, en el Concilio Vaticano II, « comunidad de los creyentes », « comunión de fieles », « maestra y testimonio de fe » (*Lumen Gentium*, n. 12ss.).

El Concilio nos muestra el valor auténtico de nuestra fe con estas palabras: « Cuando Dios revela hay que prestarle la obediencia de la fe, por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando 'a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad', y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad. Y para que la inteligencia de la revelación sea mas profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones » (*Const. Dei Verbum*, n. 5).

Tenemos por tanto mucha necesidad de pedir insistentemente a Dios el don de la fe para nosotros y para las almas a nosotros confiadas,

porque la fe es un don inestimable de Dios, que El concede a quien se lo pide con fervor y humildad.

b) *Despertar la conciencia y la eficacia de la fe en la propia vida*

El conocimiento del auténtico valor de la fe nos lleva a juzgar nuestra vida a la luz de la fe y a descubrir sus deficiencias e incoherencias en el plano intelectual y en el de la acción. Por esto se debe siempre avivar y renovar la fe, para que sea siempre norma de vida.

Debemos habituarnos a una mentalidad de fe, aunando fe y cultura, de modo que la fe no quede solo al margen o en la superficie, sino que ilumine y oriente completamente nuestra personalidad; así podremos captar la presencia de Dios en la historia del mundo y en la de cada hombre y secundaria para no desbaratar el plan divino. La fe, en fin, deberá convertirse en una postura interior habitual, por la cual nos comprometemos a fondo con Dios, con Cristo, con su mensaje, aceptando todas sus exigencias y consecuencias, cubriendo responsablemente nuestro puesto en la « Iglesia » de la propia comunidad y cooperando de este modo al bien de la Iglesia universal y de toda la humanidad.

De este modo los valores humanos no se destruyen, sino que se jerarquizan y se subordinan a la fe, hecha mentalidad, postura fundamental, por lo que el juicio sobre las decisiones importantes, vitales, es siempre de orden religioso.

Entonces el elemento religioso es una adhesión no solo mental, sino vital, o sea influye en la vida y en la acción haciéndola siempre cristiana y coherente a los principios de la fe. Se llega a sí a la integración entre la fe y la cultura, por lo cual el contenido de la fe soluciona completa y totalmente todos los problemas humanos. Se llega también a la integración entre la fe y la vida, en todas las manifestaciones, no sólo religiosas, sino también culturales, sociales, profesionales; esta integración produce el cristiano verdadero, total, sal de la tierra y luz del mundo. Si pensamos por un momento en nuestro Padre don Bosco, en tantos otros hombres y mujeres que han entrado en la historia de la Iglesia, reconocemos que han realizado en sí mismos

esta integración, manantial fecundo de irradiación espiritual y apostólica. Pero aún hoy, mirando a nuestro alrededor cada uno en la esfera de su propia actividad, fácilmente encontraremos hombres y mujeres, no solamente entre los consagrados, sino también entre los laicos, que muestran en la propia vida esta feliz y fecunda « integración » entre fe y cultura, entre fe y vida.

Responsabilidad y peligros de nuestro apostolado

Nosotros sacerdotes y apóstoles debemos mirarnos en estos ejemplares para poder atender eficazmente la angustiada llamada de las almas de nuestro tiempo, que Jean Guitton expresa con estas palabras: « Teniendo hambre y sed de Absoluto y no encontrándolo en estado puro, necesitamos tener cerca un hombre que es semejante a nosotros, pero que, no obstante su mediocridad y miseria, encarna la noción de Absoluto, y nos prueba con su presencia que el Absoluto puede existir, más aún, que está más cerca de lo que pensamos » (J. Guitton, *Dialoghi con Paolo VI*, pag. 295).

Por desgracia también nosotros podemos fácilmente encontrar el peligro, ya descubierto por S. Agustín, de la « dipsiquis », o sea de la doble mentalidad: la mentalidad mundana, laica, que se extiende a casi todos los momentos y sectores de la vida, y la mentalidad religiosa, con una zona muy restringida de influencia, que informa por tanto solamente una mínima parte de la actividad y por poquísimo tiempo. Esta doble contrastante mentalidad produce una fe pobre y superficial, una religiosidad de defensa no de conquista, postiza y no sentida interiormente.

De esta manera la fe languidece y puede naufragar completamente en las pruebas de la vida. Muchos, incluso sacerdotes y religiosos, han llegado al ateísmo pasando por esta fe empobrecida, teórica, superficial, sin mordiente vital.

El Año de la fe viene muy oportunamente a recordarnos nuestro compromiso de « avivar la conciencia y la eficacia de la fe en la propia vida », hacer en fin activa nuestra fe, porque, lo sabemos muy bien, « la fe sin obras es una fe muerta » (Sant. 2,17).

El peligro de la fe superficial y de la disociación entre fe y vida, como decíamos antes, no amenaza sólo a los jóvenes y a los simples cristianos; amenaza también a los sacerdotes y a los religiosos (y tenemos tantos tristes ejemplos recientes), los cuales corren peligro de seguir las normas del mundo y no las de Jesucristo, haciéndose sal insípida, o sea sacerdotes que, como dice J. Guittou, « son laicos apenas consagrados » (ibidem) que llegan a perder su misión de guías y maestros de la fe.

¡Cuánto importa pues vivificar todos los días nuestra fe familiarizándonos con la Palabra de Dios, encarnada en la S. Escritura y en la Eucaristía, para ser luz y calor y poder así iluminar e inflamar!

c) *Dar testimonio de la fe en la hora presente con coherencia cristiana*

A sus seguidores Jesucristo ha confiado la tarea de dar testimonio (Act. 1,8). Hay el testimonio de la sangre ofrecida por los mártires con el acto sublime del martirio cruento, que no es de todos. Pero también hay el testimonio de la palabra, de las obras y de la vida, al cual todos estamos obligados para merecer el reconocimiento y el testimonio de Jesucristo en el día del juicio.

El momento actual necesita sobre todo de este testimonio, al que invita con insistencia el Concilio: el testimonio de la vida cristiana coherente, vivida no solamente en la iglesia, sino también en la escuela, en la diversión, en el trabajo, en la vida familiar y social. De este modo se continúa la encarnación de Cristo Salvador en el mundo moderno. A esto debe tender toda nuestra formación religiosa y nuestra obra de educadores y formadores cristianos.

Es fácil, queridísimos Hermanos, darnos cuenta de la actualidad de estos compromisos en orden a nuestra vida de fe. Nos lo confirma el mismo supremo Pastor. En la Exhortación « Petrum et Paulum Apostolos » S. S. Pablo VI hace notar que el Año de la Fe responde a una necesidad urgente del momento actual caracterizado por algunos fenómenos dolorosos: el olvido y la negación de Dios y por tanto la crisis del sentido religioso y de la fe, base de un sano orden intelectual, moral, y social; la consolidación de cierta cultura racionalista,

laica y arreligiosa, que se infiltra también en el campo católico, sembrando la duda y la inseguridad, aun respecto a los puntos fundamentales del dogma.

Desorientación de las ideas

« Altro extraño y doloroso está sucediendo — añade el Papa en un reciente discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal Italiana — no sólo en la mentalidad profana, arreligiosa y antirreligiosa sino también en el campo cristiano, sin excluir el católico, y a me, nudo casi por inexcusable « espíritu de vorágine » (Is., 19,14), incluso entre aquellos que conocen y estudian la palabra de Dios; viene a menos la certeza en la verdad objetiva y en la capacidad del pensamiento humano de alcanzarla; se altera el sentido de la fe única y genuina; se admiten las agresiones más radicales a verdades sacrosantas de nuestra doctrina, siempre creídas y profesadas por el pueblo cristiano; se pone en tela de juicio todo dogma que no agrade y que exija el humilde obsequio de la mente para ser aceptado; se prescinde de la autoridad insustituible y providencial del Magisterio, y se pretende conservar el nombre cristiano llegando a las negaciones extremas de todo contenido religioso ». (*Osservatore Romano*, 8 abril 1967; *Eccllesia*, Madrid, 15 abril, 1967).

Y si del plano doctrinal pasamos al plano práctico, nos encontramos con la trágica constatación de que muchos cristianos bautizados no encuentran sitio para Dios. El interés preponderante por las cosas terrenales, y entre estas en primer lugar las comodidades y diversiones, les obliga a muchos a huir de las realidades religiosas, por lo que los católicos de acción, los sacerdotes y los educadores viven y trabajan en amplias zonas de indiferentismo religioso. Son los tristes frutos de una fe lánguida y superficial, desnutrida, una fe por costumbre basada en prácticas exteriores, que no ha resistido a los golpes de ariete que la incredulidad asesta sin tregua y con abundancia de medios. De aquí la desorientación de ideas y la desazón de muchos ante la renovación promovida por el Concilio: no entienden su sentido ni sus exigencias, víctimas de una fe pobre y llena de lagunas.

Por otra parte asistimos a un creciente interés por los problemas religiosos y morales, demostrado por la también creciente difusión de los escritos que tratan tales problemas. Pero también se debe hacer constar que con frecuencia el público, aun el católico, está mal informado y orientado, ya que los que escriben sobre estos problemas religiosos y morales o sobre los acontecimientos eclesiásticos, no tienen la debida competencia o están imbuidos de prejuicios antirreligiosos y de una mentalidad laicista. El hecho ha sido ampliamente subrayado (y deplorado) también en el reciente Sínodo.

Nuestro plan doctrinal y de acción

Por lo tanto nuestro plan doctrinal y de acción para el Año de la fe es un trabajo de la máxima importancia.

Hace falta, y no sólo para los simples fieles, un estudio profundo de la propia fe para adaptarla a las exigencias y al nivel cultural del mundo actual. Según la palabra del Papa, el Año de la fe debe estimularnos al estudio de la doctrina, expuesta en los documentos del reciente Concilio Ecuménico, para hacerla servir de norma de vida para nosotros mismos, para los fieles y para los jóvenes a los cuales nos consagra nuestro apostolado, reavivando la conciencia y la eficacia de la fe.

Hay que preguntarse pues, a distancia de dos años de la clausura del Concilio, qué se ha hecho en cada una de nuestras comunidades para tener un conocimiento sistemático y profundo de los numerosos documentos conciliares. Los Superiores responsables, ¿qué han hecho en la práctica para facilitar tal conocimiento a los hermanos? Se trata de una inmensa riqueza que no se puede, sin graves consecuencias, dejar ignorada o no valorizada. Mientras aplaudo a cuantos se han preocupado con variadas iniciativas para difundir profundizar entre los salesianos el conocimiento de los documentos conciliares, exhorto ante todo a los Superiores en los varios grados a preocuparse eficazmente para que a los Hermanos se les dé facilidad de enriquecerse con este autentico tesoro. Como quiera que sea, todo salesiano debe preocuparse por poseer un conocimiento serio, naturalmente

según las peculiares condiciones de cada uno, de los documentos conciliares y posconciliares y de los relativos comentarios que ya se han publicado en todas partes, en particular aquellos que nos interesan más de cerca.

Tendré sumo gusto en conocer toda iniciativa, en el plano inspectorial o local, que mire a poner en práctica esta cálida invitación mía, en modo particular para el serio conocimiento de los documentos que interesan más de cerca nuestra vida de religiosos, de sacerdotes, de educadores.

La Catequesis: misión específica de la Congregación

Llegados a este punto creo oportuno hacer un llamamiento sobre la catequesis que es el instrumento ordinario por el que llegamos a la fe, la fomentamos en nuestra vida y la alimentamos en los demás. No olvidemos que la catequesis es una de las formas específicas del apostolado que D. Bosco nos dejó como herencia en las Constituciones (Cap. I, art. 8): con la catequesis debemos dirigirnos ante todo a los jóvenes, pero nuestra acción debe extenderse también a los adultos, especialmente a los que se encuentran en la esfera de nuestras peculiares actividades (cooperadores, exalumnos, asociaciones parroquiales, familiares de los alumnos, parroquianos, catecúmenos, etc.).

También el Capítulo General se ha mostrado explícito y fuerte a este respecto. « Entre las formas de apostolado no juvenil, ocupa el primer lugar, por su necesidad y eficacia, la catequesis a los adultos...; (la cual) forma parte de la misión confiada por Dios a la Congregación Salesiana, a través de su Fundador y de la Iglesia, y aceptada y realizada por ella de buen grado ». (*Actas del XIX Cap. Gen.* pag. 170). En el general debilitamiento de la fe de muchos, que es el más pernicioso mal de nuestro tiempo, nuestro deber es de una urgencia absoluta.

Para sintetizar la fuerza de mi exhortación sobre un aspecto tan importante, quiero llamar vuestra atención sobre el estricto deber que nos incumbe de prepararnos adecuadamente a la catequesis para hacerla eficaz. Se trata también aquí de aquella cualificación que hoy

se nos pide para cualquier actividad apostólica. Los improvisadores, los superficiales, los factotum son deletéreos más en este que en otros campos; y no podemos justificarnos con la buena intención en nuestro trabajo, si falta la conciencia de nuestras precisas responsabilidades ante Dios y ante los demás. No podemos hacer que la fe corra el riesgo proveniente de nuestra ignorancia y de nuestra incompetencia.

Constato con verdadera satisfacción que nuestra Congregación ha creado para la Catequesis algunas instituciones de gran valor que se han afianzado no sólo entre nosotros, sino en el ambiente más vasto de la cultura y de la pastoral eclesiástica. Me refiero, para poner algún ejemplo, al Instituto de Catequética del PAS y el Centro Catequístico de Turín, pero sé que se han puesto en marcha otras iniciativas análogas, aunque más limitadas. Felicito de corazón a las Inspectorías que, en este específico sector, tienen en el PAS un buen número de estudiantes, y espero que pronto se note también la presencia de otras Inspectorías.

También he visto que se están multiplicando en muchos sitios los cursos de catequética para nuestros Hermanos — sacerdotes, coadjutores y clérigos — como también para maestros no salesianos, para cooperadores, etc. Aplaudo calurosamente a estas actividades, así como deseo felicitar a los promotores de varias publicaciones de alto nivel cultural o de interés escolástico inmediato, que se han estrenado en estos últimos tiempos en el campo catequístico.

Todo esto me dice que se camina, y no han faltado alabanzas autorizadas, que consideramos como confirmación de haber sabido elegir en nuestro apostolado y como estímulo para hacer siempre más y siempre mejor.

Este es uno de los sectores en que don Bosco nos quiere siempre a la vanguardia. Ahora bien, constatando concretamente los resultados obtenidos en estos últimos años, creo poder afirmar con tranquilidad que han sido compensados largamente los sacrificios, sobre todo de personal, afrontados en estas iniciativas.

Esto lo digo para animar a quien aún no se hubiera decidido, y al mismo tiempo para señalar las amplísimas posibilidades que se nos

preparan si sabremos unificar y coordinar nuestra colaboración en el plano internacional.

Se impone un examen de conciencia

El Año de la fe es una buena ocasión para hacer un serio examen de conciencia, como individuos y como Congregación, sobre cuanto deberíamos hacer hoy en este campo, descubriendo valientemente nuestras deficiencias y precisando los medios para subsanarlas. Sí, hagamos al respecto una fructuosa *revisión de nuestra vida*. Hay quizá algunos que, con fútiles pretextos, se eximen del deber de prestarse para dar catecismo en la escuela, en los oratorios, en las asociaciones y demás obras nuestras. Tal vez hay hermanos que han obtenido títulos académicos y tienen una buena cultura humanística y científica, pero no sienten la preocupación de hacerse con una específica preparación a la catequesis. Algunas instituciones nuestras (colegios, escuelas, oratorios, etc.) influyen demasiado modestamente en la formación cristiana de los jóvenes: ¿no es quizá porque ha prevalecido la preocupación exclusivamente escolástica o la fiebre deportiva o una cómoda indiferencia sobre los objetivos catequísticos que deberían siempre prevalecer? Precisamente en el Sínodo un dignísimo Prelado, muy íntimo nuestro, me exponía estas penosas constataciones.

No nos hagamos ilusiones: junto a tantos éxitos que obtenemos en nuestra obra educativa es doloroso constatar también que con frecuencia la fe de nuestros jóvenes, al menos en la práctica, se desvanece apenas han entrado o en otra escuela laica o en un ambiente de trabajo o en un aula universitaria o bien en la vida. Nuestros adversarios nos han echado en cara alguna vez afirmaciones cáusticas a este respecto, como cuando han dicho que no les preocupaba mucho aquella escuela católica con miles de alumnos, porque habría sido fácil lavar en pocos meses cuanto había sido impreso solamente en la corteza del cerebro.

¡Os pido que comprendáis mis palabras! Más bien que producir abatimiento, deben ser un estimulante llamamiento a responder con los hechos a nuestra misión en la Iglesia, misión que es primordial y

esencialmente catequística. Una respuesta de este género requiere un enfoque de nuestra actividad que esté concretamente de acuerdo con las exigencias del mundo moderno, ante todo del mundo juvenil, que es nuestra parcela especial. Os recuerdo, para completar mi pensamiento, que la acción catequística que como ya os he dicho es transmisión de vida, no puede considerarse terminada con las horas de religión explicada en clase por bien que se haga.

Para hablar sólo de los jóvenes, la catequesis a ellos dedicada, que tiende a formar el cristiano de hoy y más aún el de mañana, se efectúa también en las otras horas de clase, en la liturgia, en la vida sacramental, en las asociaciones, en las actividades paraescolásticas y recreativas, en los contactos personales de la dirección espiritual, de la orientación vocacional. Sin esta acción armónica y complementaria corremos peligro muchas veces de dar palos al aire, o bien damos a nuestros jóvenes el barniz a que se refieren los laicistas antes nombrados y que se pierde pronto y fácilmente.

Decisiones valientes y coherencia de vida

Para obtener esto, es verdad, hace falta estudiar, examinar las situaciones sin miedo a la realidad, y sacar las consecuencias lógicas, que podrán aconsejar el cambio en la rutina de algunos trabajos en el enfoque de algunas obras y en el modo de activarlas, operaciones todas estas que pueden costar muchos sacrificios, y no serán los más pequeños los de carácter psicológico. Pero serán sacrificios beneficiosos.

No hace falta esforzarse mucho para comprender que todo esto no es más que el trabajo propio del reajuste del que tanto se espera para la vida y vitalidad de la Congregación: se trata pues de aquella revisión valiente y completa para controlar la influencia de cada una de nuestras obras en los Hermanos y la influencia verdaderamente apostólica en las almas, para ver si vale la pena emplear en ellas el personal y los medios empleados hasta ahora; se trata de buscar los remedios, o parciales, o radicales cuando sea necesario, para no

seguir con actividades a veces hasta físicamente enervantes, y quizá también espiritualmente agotadoras, pero apostólicamente estériles, o a lo sumo, con frutos apostólicos muy desproporcionados.

Todavía un pensamiento para terminar. Nuestro llorado don Quadrio, en algunas páginas dirigidas a los sacerdotes noveles, les pone en guardia contra un peligro: la fe desgarrada. He hablado antes de « integración » de la fe en nuestra vida: es precisamente esta integración la que evita los efectos negativos de la fe desgarrada, y esto especialmente en nuestra misión de catequistas y formadores de cristianos.

Cualifiquémonos pues, aumentemos nuestra preparación teológico-catequística; preocupémonos de actuar todo el plan que nos hemos propuesto para la sólida formación cristiana de nuestros jóvenes y de las almas a nosotros confiadas. Esto es necesario, pero antes aún es esencial que nuestra fe sea íntegra, maciza, luminosa y radiante: en una palabra, vivida. Sólo así edificaremos las almas de las que debemos responder.

Se ha dicho que la catequesis no es transmisión de nociones ni sólo de ideas sublimes, sino que es transmisión de vida. ¡Qué grande verdad! He aquí por qué no se trasmite lo que se tiene en el cerebro, sino lo que se posee en lo más hondo de nuestra vida. La experiencia nos lo confirma. Que cada uno saque las consecuencias.

II. COMO CELEBRAR NUESTRO AÑO MARIANO

Si el centenario del martirio de san Pedro y san Pablo es una de las mejores ocasiones para renovar nuestra fe y para infundirle nueva eficacia en nuestra vida y en nuestro apostolado, el centenario de la Basílica de María Auxiliadora, tan íntimamente ligado a nuestros orígenes, a nuestro santo Fundador y Padre y al centro de nuestra Congregación, deberá renovar en nosotros, con toda su pureza luminosa, con la fidelidad a nuestra vocación salesiana, la devoción a la Virgen Auxiliadora.

Don Bosco se emocionaba tiernamente recordando lo que la Virgen había hecho para ayudarle en las duras vicisitudes de su vida. Y nosotros, al considerar las vicisitudes nó siempre fáciles, pero siempre fecundas de bien de la Congregación en estos cien años, no podemos dejar de sentir la misma emoción y gratitud por todo cuanto la Virgen ha hecho por nosotros.

Ya don Albera, al celebrarse el cincuentenario de la Basílica, hacía notar que con la consagración del templo de María Auxiliadora había comenzado una nueva época de nuestra historia: desde entonces se multiplicaron prodigiosamente las vocaciones, surgieron a ritmo acelerado nuevas obras, desaparecieron poco a poco las dificultades para hacer aprobar la Congregación, se comenzó a pensar en las misiones y se realizaron las primeras expediciones misioneras. (Lettere Circolari di Don Paolo Albera sui Salesiani, sul Cinquantenario della Consacrazione del Santuario di M. A., XXIV).

Don Ceria refiriendo este acontecimiento en un interesante capítulo del primer volumen de los « Annali della Società Salesiana » afirma: « La erección de la Iglesia de María Auxiliadora tiene una importancia excepcional en la historia de la Sociedad Salesiana » (pag. 87). ¿De dónde le viene la importancia excepcional a este monumento? La respuesta no es difícil.

La Basílica: corazón de Valdocco

La construcción de la Basílica de María Auxiliadora fue ofrecida por don Bosco a la Virgen como prueba del amor y gratitud que hacia Ella sentía y por el deseo de honrarla creando un nuevo y grandioso centro de culto allí donde, con la ayuda palpable de la Virgen, había comenzado y llevado adelante su obra.

En las « Memorias Biográficas » se conserva a este respecto un testimonio precioso. Una noche de 1862, después de haber confesado a sus jóvenes hasta las 11, don Bosco hizo esta confidencia al clérigo Albera que se encontraba a solas con él: « Hoy he confesado mucho, pero en verdad no me daba cuenta de lo que hacía o decía, tan preocupado estaba con una idea que me distraía irresistiblemente. Yo

pensaba: nuestra iglesia es demasiado pequeña, no caben todos los jóvenes sin apretujarse unos con otros. Por tanto construiremos otra más hermosa, más grande, que sea magnífica. Su título será: « Iglesia de María Auxiliadora ». No tengo un céntimo no sé dónde encontraré el dinero, pero eso no importa. Si Dios la quiere se hará » (M.B. VII, 333,s.).

Quería don Bosco, comenta don Ceria en los Anales, que « la Iglesia de María Auxiliadora fuese verdaderamente el corazón del Oratorio. Imaginaba ya las varias actividades que a la sombra de su cúpula se habrían desarrollado entre un mundo de personas: preguntaba la satisfacción que probaría viéndolos a todos reunidos bajo sus bóvedas en un solo coro cantar las alabanzas del Señor y de la Virgen, ir a apagar la sed de sus almas a las fuentes de la gracia; se representaba la emulación general por celebrar en ella con la mayor pompa las fiestas solemnes, desplegando todas las magnificencias del culto. Por sus puertas siempre abiertas pasarían pequeños y grandes para ir a rezar delante del Tabernáculo de Jesús Sacramentado y del cuadro de la SS. Virgen... En fin una vez levantado el bello templo, descubriría dentro piedad, fuera regocijo y admiración, por doquier serenidad y alegría y en lo alto la Virgen en actitud de bendecir mientras dice: Yo estoy aquí arriba para ver y oír a todos mis hijos del Oratorio » (Ceria, Annali I, pag. 88 s.).

La Basílica: Alma Mater de la Congregación

Pero don Bosco miró lejos. La Virgen había sido su inspiradora y sostén en su primer apostolado sacerdotal. Ahora, con el Santuario de María Auxiliadora, encuadraba profundamente a la Virgen en el centro de la vida y de la historia de la Congregación misma. Aquel templo recordaría siempre que su obra había surgido por inspiración y con la ayuda de la Virgen. Los milagros que se habían multiplicado para levantar la Iglesia de María Auxiliadora eran efectivamente el sello puesto por la Virgen a la Congregación, a la cual él dedicaba iguales cuidados por aquellos años; eran la prueba evidente y prodigiosa de su origen sobrenatural.

Los Salesianos, repasando la historia de su familia, que tuvo principio a la sombra del Santuario de Turín, debían ver en la Virgen el origen de todo y debían sentir que la devoción a la Virgen era una realidad esencial en la vida de la Congregación, en sus actividades apostólicas, en la devoción individual y de modo especial en la educación de los jóvenes.

El hecho que el Santuario de María Auxiliadora surgiese en la Casa Madre, como abrazado por sus construcciones y animado por toda la variedad de sus actividades apostólicas, debía expresar en términos que podríamos llamar monumentales la parte dominante que la Virgen Auxiliadora había tenido y debía tener en la Congregación. Era como el «*signum magnum*» que estaba al principio y por encima de todas las cosas salesianas.

El Card. Cagliero ha atestiguado que en el 1862 don Bosco le habló de su idea de construir en Valdocco una iglesia grandiosa y digna de la Virgen. «*La Virgen — decía don Bosco — quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora: los tiempos que corren son tan tristes que tenemos verdadera necesidad de que la Virgen S.ma nos ayude a conservar y a defender la fe cristiana.*

¿Y conoces tú otro motivo? «*Creo — respondió Cagliero — que será la Iglesia Madre de nuestra futura Congregación y el centro del que procederán todas las demás obras nuestras a favor de la juventud*». «*Has acertado — ratificó don Bosco — María S.ma es la fundadora y será el sostén de nuestras obras*» (M.B. VII, 334).

Centro espiritual y de expansión apostólica

El Santuario debía custodiar todo el patrimonio espiritual de nuestra familia, y los Salesianos, llegando o volviendo en sus peregrinaciones, habrían ido allí a beber, como en una fuente clara e inagotable, el espíritu de don Bosco: aquel espíritu que allí mismo le había revelado la Virgen con su pródiga asistencia y que había encontrado su expresión más inmediata en la vida del Oratorio de Valdocco.

Cien años de experiencia proclaman el éxito de la idea de don Bosco, y nosotros presenciamos, podemos decir que todos los días, el gozo de tantos Hermanos que en la Basílica de María Auxiliadora sienten viva la presencia continua y operante de la Virgen en la Congregación, y encuentran, en toda su luminosa y genuina pureza, la riqueza espiritual de la tradición salesiana.

Toda la historia, y nosotros seguimos siendo testigos, demuestra que el Santuario de Turín no fue sólo guardián de nuestras grandes reservas espirituales, sino que fue también el centro que irradió la fuerza de expansión de la Congregación. Es digno de nota que del templo de Valdocco hayan salido todos los años las expediciones de misioneros que han difundido en todo el mundo nuestras obras: hasta hoy 92 expediciones.

El Santuario de María Auxiliadora no es pues solamente un alcázar de oración y de prodigios o la meta de numerosas peregrinaciones, sino más todavía el centro motor de una extraordinaria empresa apostólica en continuo crecimiento como es nuestra Congregación.

Es bien conocido por todos cómo el extenderse de nuestras obras haya sido sellado en muchas ocasiones y en forma explícita por el nombre de la Virgen, y como el planisferio salesiano corresponda en gran parte con el cuadro de la devoción a María Auxiliadora; son dos cosas indisolublemente unidas. También es hermoso constatar que la creciente multitud de nuestros Hermanos esparcidos por todo el mundo encuentra su punto de contacto y de unión su verdadera casa, un corazón materno y paterno, en la Basílica de María Auxiliadora.

Poniendo de relieve el puesto que ocupa la Iglesia de María Auxiliadora en la historia de nuestra familia, no me parece exagerar o forzar la realidad.

Hace muchos años que vivo junto al Santuario: dando una mirada desde aquí por el amplio horizonte salesiano y habiendo podido al mismo tiempo ver personalmente lo que sucede en los puntos más lejanos de la Congregación, tengo pruebas abundantes del hecho. Lo he captado en mi acostumbrada oración cotidiana en el Santuario,

en la emoción con que muchos Hermanos me decían que su verdadera vida salesiana comenzaba después de una visita a ^{la} María Auxiliadora, en la devoción de las peregrinaciones provenientes de todas las partes del mundo, en la nostalgia de los misioneros que han recibido el crucifijo en este lugar bendito, en el deseo de tantos salesianos de otros países de venir al menos una vez a Valdocco.

Vienen a la mente (permítaseme la comparación) las palabras del Profeta, cuando expresaba el deseo vehemente del pueblo elegido de subir al templo de Jerusalén: « El monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes... y todas las naciones acudirán a él. Y vendrán muchos pueblos y dirán: ¡Ea! subamos a la casa del Dios de Jacob, y él mismo nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos... » (Isaías, II, 2).

Ya comprendéis pues el significado de nuestro centenario y a qué altura debemos colocarnos para captar su reclamo y realizar los compromisos que de él se derivan. Nos dirigimos con animo filial a la Virgen Auxiliadora para expresar la gratitud que nos tiene a Ella unidos cada uno en particular y como Congregación, pero con el recuerdo de la consagración del templo, queremos revivir también toda nuestra historia, queremos descubrir la sagrada herencia de nuestra tradición espiritual, queremos asegurar nuestra confianza para el presente y para el porvenir de nuestra Familia.

Sentido eclesial del Centenario

El llamamiento del Centenario es tanto más vivo y acuciante en cuanto el Concilio con su autoridad ha confirmado solemnemente la advocación que don Bosco quiso honrar en el Santuario mariano que construyó.

El título de « María Auxiliadora » recuerda el carácter social de la devoción a Nuestra Señora, considerándola en relación no sólo con cada cristiano en particular, sino también con la realidad del

« pueblo de Dios », o sea de la Iglesia viviente que defiende y lleva a todos los hombres el mensaje de salvación. Esta conmemoración nos hace entender, a la luz del Concilio, lo que no entendieron aquellos que hace cien años asistieron a la consagración de la Iglesia y que en cambio don Bosco había intuído y profetizado.

Para nosotros, hoy, honrar de modo especial a María Auxiliadora, significa introducirnos más profundamente en la vida de la Iglesia, quiere decir recobrar en este período de general renovación, la energía sobrenatural con la cual la Congregación dio sus primeros pasos y esforzarse todavía, bajo la bandera de la Auxiliadora, en la misión que con nuevo mandato nos confía la Iglesia en la hora presente. Estoy seguro que habéis captado plenamente estas perspectivas y que os preparáis con fervor filial a desarrollar vuestra parte en el programa de iniciativas que este acontecimiento nos ha sugerido y del que se habla por extenso en otra parte de estas actas.

Al mismo tiempo, permitidme aclarar mejor mi pensamiento para que el año mariano se entone con los resultados concretos y seguros que la Virgen desea de nosotros; dejadme exponer con luz más clara la realidad fundamental con la cual quisiera que toda nuestra familia alimentase, en este año centenario, su vida espiritual. Me apremia sobre todo el deseo de que nuestro empeño no se quede en manifestaciones exteriores, sino que dediquemos el máximo esfuerzo a la renovación interior de la auténtica devoción mariana, como el Concilio Ecuménico Vaticano II nos la presenta en el capítulo VIII de la Constitución sobre la Iglesia, con la segura garantía de la verdad que compete al supremo Magisterio de la Iglesia, en su más solemne y autorizada aplicación. Veamos juntos las líneas generales.

Jesús y María en la historia de nuestra salvación

Por libre providencial decreto divino, María Smá. está indisolublemente unida a Cristo Salvador a lo largo de toda la historia de la redención desde la promesa del Salvador en el Paraíso terrestre, en la que es preanunciada junto con el Hijo en la lucha contra Satanás (Gen. 3,15), hasta la conclusión de la historia de la salvación,

en la venida final de Cristo Juez. Muy sapientemente Dios ha desarrollado en todos los libros de la Sagrada Escritura un armonioso plan doctrinal en orden a nuestra salvación.

Según este plan salvífico de Dios, María Sma. pone fin a las profecías mesiánicas, realizándolas con su maternidad divina, mediante su « fiat », que dio « la Vida a la humanidad », y siendo asociada en la fe y en la obediencia, « cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo » (Lumen Gent. n. 56).

A la luz de la S. Escritura, el Concilio presenta luego a María íntimamente asociada al Hijo divino en los misterios de la infancia (N. 57) y sobre todo durante la vida pública de Jesús: ya sea en Caná con su intercesión eficaz en el primer milagro de Jesús, que ocasionó los primeros creyentes; o bien durante la predicación de Jesús; y sobre todo en el Calvario, junto a la Cruz del Hijo que se inmola para salvar a los hombres. El Concilio enseña, en efecto, que María « mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie, se condolió vehementemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmólación de la víctima engendrada por Ella misma, y por fin, fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús moribundo en la Cruz, con estas palabras: « ¡Mujer, he ahí a tu hijo! (J. XIX, 26) » (n. 58).

La asociación de María a la obra de la redención continúa aún después de la resurrección de su Hijo. En efecto, María está presente en el Cenáculo, con los Apóstoles y los primeros seguidores de Cristo, e implora con sus oraciones el don del Espíritu, que ya la había cubierto con su sombra en la Anunciación. Finalmente la Virgen Inmaculada, terminado el curso de la vida terrena, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan y vencedor del pecado y de la muerte (n. 59).

Dios no podía enaltecer más a una criatura. El que habría podido hacerlo todo por si solo, quiso valerse del concurso materno de María para darnos al Salvador, el cual asoció a su Madre, como

nueva Eva, en todo el curso de su misión salvífica terrena y celestial, respecto a todas las gracias de la Redención.

Madre y Auxiliadora de los redimidos

María con su maternidad divina, dándonos a Jesús, nos ha dado la vida sobrenatural y por tanto ha ejercido con nosotros una maternidad espiritual, que sobrepasa a la maternidad meramente natural, cuanto la vida de la gracia sobrepasa a la vida de la naturaleza. También ha ejercido su influencia materna sobre la Iglesia, porque es Madre de Jesús, fundador y Cabeza de la Iglesia; es la primera creyente y por tanto la personificación de la Iglesia, sociedad de los creyentes.

No obstante, aun cuando la misión de María en el mundo sea tan importante para la salvación de los hombres y para la Iglesia, María Sma. no debe considerarse sólo una persona histórica del pasado. Como Jesús, ella también desde la gloria continúa su obra salvífica universal, respecto a « todas las gracias de la salvación ».

En efecto, la « Lumen Gentium » afirma: « Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la Anunciación, y lo mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos. Pues una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora ». (n. 62).

El Concilio, pues, nos presenta a María Sma. como Auxiliadora de todos los Redimidos, a los cuales con « su materna intercesión obtiene las gracias de la eterna salvación ». Nada más oportuno por tanto que esta doctrina mariana conciliar para inculcarnos las convicciones sólidas, que nos deben guiar en este año de la fe para conmemorar con fruto nuestro Centenario Mariano.

Si Jesucristo no ha querido dejar a parte a María Sma., ¿podrá el

sacerdote, el religioso, el educador, el apóstol prescindir en su vida y en su apostolado del auxilio maternal de Aquella a quien Dios quiso asociar en la misma Redención y a su prolongación en toda forma de trabajo apostólico?

Como toda la Iglesia, también todo salesiano y todo educador, siguiendo la exhortación del Concilio, debe mirar a la Virgen que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles. La Virgen en su vida fue ejemplo de aquel afecto materno, con el que es necesario estén animados todos los que en la misión apostólica de la Iglesia cooperan para regenerar a los hombres. (n. 65).

Devoción mariana auténtica

A la luz de estas verdades fundamentales, tomadas de la divina revelación, el Concilio fija las normas seguras de nuestra devoción mariana y expone los criterios a seguir en nuestro apostolado mariano en bien de los fieles, y nosotros podemos añadir, de los jóvenes.

El Concilio, más bien que alejar de la devoción mariana, como falsamente se ha insinuado en cierta prensa y como quisieran algunos, pero sin fundamento, ratifica solemnemente la legitimidad y la bondad del culto mariano; se dice en efecto que María « en cuanto que es la Santísima Madre de Dios, con razón es honrada con especial culto por la Iglesia » (n. 66). Muy concretamente expone el Concilio los elementos y las formas exteriores esenciales del culto mariano, con que se debe practicar también hoy día: veneración, amor, oración e imitación.

No me detengo a explicar en particular estas características, pero es fácil darse cuenta que la genuina devoción a la Virgen « no consiste ni en un afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes » (n. 67).

Para inculcar y formar en la verdadera devoción mariana, el Concilio exhorta «vivamente» a sacerdotes, apóstoles, educadores, al estudio de la Sagrada Escritura, de los santos Padres y Doctores y de las liturgias de la Iglesia, bajo la dirección del Magisterio. «Ilustren rectamente — prosigue el Concilio — los dones y privilegios de la Bienaventurada Virgen, que siempre están referidos a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad». Y el Concilio concluye inculcando que «eviten celosamente todo aquello que sea de palabra, sea de obra, pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualesquiera otros acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia» (n. 67). Con estas claras palabras somos invitados a una devoción mariana sólida, seria, ajena a todo vano sentimentalismo o exageración: la Virgen «esclava del Señor» es el sendero que lleva a Cristo. Esta es ciertamente la línea a seguir que aconsejaría nuestro Padre, el cual, si fue un apasionado e incansable propagandista de la devoción a María, fue también devoto y dócil hijo de la Iglesia.

Me he limitado a estas orientaciones fundamentales del Concilio, suficientes, según creo, para convencernos de que la línea por él señalada no es la del olvido de la Virgen, de la abolición sistemática de sus estatuas e imágenes, de su Rosario, y de otras venerandas prácticas de devoción mariana, garantizadas por la tradición cristiana y aprobadas por la Iglesia. La línea del Concilio (no la del «vértigo», para usar una imagen de Pablo VI), la línea que todos debemos seguir, es la de la «fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (n. 67); es la línea según la cual se tienen «en grande estima las prácticas y ejercicios de piedad hacia ella, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio de la Iglesia» (n. 67); es la vía en la cual hay que abstenerse «con cuidado tanto de toda falsa exageración como también de una excesiva estrechez de espíritu, al considerar la singular dignidad de la Madre de Dios» (n. 67).

«La Madre de Jesús — afirma el Concilio — de la misma manera que ya glorificada en los cielos en cuerpo y alma es la imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada en el futuro siglo, así en

esta tierra, hasta que llegue el día del Señor, antecede con su luz al pueblo de Dios peregrinante, como signo de esperanza segura y de consuelo » (n. 68).

Tareas doctrinales para el año mariano

Teniendo en cuenta lo que el Concilio nos ha dicho, es fácil fijar nuestros compromisos para el año mariano que hemos de vivir. Estos se concretan en tres planos intimamente relacionados.

Ante todo, en el *plano doctrinal*, el año mariano nos pide intensificar el estudio, la predicación y la instrucción para hacernos fácil y familiar a nosotros y a los demás, la doctrina mariana conciliar, sin olvidar la historia mariana de nuestra Congregación, y el pensamiento y los ejemplos de nuestro santo Fundador.

Esta finalidad tiene sobre todo el concurso mariano que se organiza para todos nuestros jóvenes, en varios niveles de cultura, y que debe realizarse en cada Casa, en cada Inspectoría y en cada Nación. Nuestro concurso debe ser considerado no como una exhibición exterior ni sólo como un interesante certamen con premios, sino como un instrumento, adaptado en modo especial a la psicología juvenil, para hacer asimilar uno de los elementos más importantes de nuestra acción educativa cristiana.

Yo quisiera que los vencedores nacionales del certamen, que vendrán para la solemne distribución de premios del día de la Inmaculada del 1968, representasen verdaderamente el esfuerzo extraordinario realizado en toda la Congregación para explicar bien la devoción a la Sma. Virgen. Será, para nosotros y para nuestros jóvenes, el mejor fruto del Centenario.

Evidentemente la invitación que hacemos a los jóvenes supone antes el interés y el estudio por parte de los Hermanos, quienes deben suscitar el entusiasmo de los jóvenes con su preparación doctrinal y espiritual y deben ser capaces de impartir con claridad y eficacia las enseñanzas que darán a los alumnos el conocimiento exacto y fecundo de la devoción mariana. Si hoy día se levanta alguna crítica al culto ma-

riano, se debe a que éste con frecuencia no ha sido ilustrado por una segura y sólida doctrina. La superficialidad y el sentimentalismo han creado una falsa devoción.

Tarea en cuanto a la práctica de la devoción

En el *plano devocional* tenemos la riquísima herencia de la tradición eclesiástica y salesiana, que nos ofrece los resortes del culto propiamente litúrgico, que culmina en el divino sacrificio, y de las llamadas « prácticas piadosas ».

El Concilio ha renovado muchas formas y expresiones de la piedad cristiana a las que declaramos nuestra adhesión con absoluta fidelidad, también por cuanto respecta al culto mariano: de este modo queremos realizar la renovación de nuestra vida religiosa en uno de sus elementos más característicos. Puede haber habido en el pasado algunas prácticas de piedad que se han reducido a formalidades exteriores sin alma y sin eficacia en la vida cristiana: no queremos lamentar el pasado en tales casos, y bien venido sea el soplo reanimador del Concilio a mostrarnos la expresión genuina de nuestra fe. Por esto os exhorto a secundar con brío las iniciativas promovidas por la Iglesia.

Pero no quisiera que la legítima exigencia de renovación nos lleve a una actitud de indiferencia o, peor aún, de desprecio hacia las prácticas marianas que son un complemento necesario de las grandes acciones litúrgicas y un alimento de nuestro fervor. El Concilio recomienda a los hijos de la Iglesia que « estimen mucho las prácticas y ejercicios de piedad hacia Ella (la Virgen), recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio de la Iglesia » (*Lumen Gentium*, n. 67).

No quiero haceros una lista de estos píos ejercicios que ya conocéis muy bien; pero sí deseo deciros a todos: no dejemos a un lado con demasiada facilidad aquel patrimonio tradicional que ha dado a nuestra vida religiosa, a nuestro apostolado, a nuestra acción educativa un carácter destacadamente mariano, tengamos también siempre presente que con el fervor de nuestra devoción mariana se conserva el espíritu auténtico de nuestra Congregación y su capacidad de conquista misionera.

Me parece oportuno en fin recordaros que nuestra devoción mariana renovada nos ayudará a realizar en nosotros mismos lo que propone el precioso documento del XIX Capítulo General sobre nuestra vida religiosa y la santísima Virgen: « En su vida personal sea fiel el Salesiano en dar a la Virgen María todo el lugar que le corresponde, para una fecunda expansión sobrenatural de sus afectos y para la irradiación de su pureza » (Actas del XIX Cap. Gen., pág. 98).

El Salesiano no dejará de confiar su fidelidad a los compromisos de su estado, « cada mañana a Aquélla que la Iglesia llama Virgen fiel, modelo y sostén. Ella fue la religiosa de Dios por excelencia: pobre, casta y obediente para ejercer plenamente su función de Madre. Ella es, por tanto, nuestra Auxiliadora, la benignísima Virgen María, educadora materna de las virtudes religiosas » (Actas del Cap. Gen. pág. 104).

El Rosario: una práctica piadosa que debe florecer

Sin embargo quisiera recomendaros de manera especialísima con el mismo corazón de don Bosco un devoto ejercicio mariano: el santo Rosario.

Nada nos autoriza a dejar que se pierda: ni el magisterio de la Iglesia (basta recordar las numerosas exhortaciones, algunas recientes, de Pablo VI a este respecto), ni nuestras Constituciones y las enseñanzas de don Bosco, ni el ejemplo de esas almas selectas que en este nuestro tiempo, han trazado más luminosamente el nuevo camino de la fe: recordemos en representación de todos al Papa Juan XXIII.

Os exhorto cordialmente a mantener siempre en auge el rezo del santo Rosario, al cual este año particularmente debe contribuir el coro de todas las voces de nuestras Casas, de los Hermanos, de los jóvenes, de los fieles de nuestras parroquias, para honrar a la Virgen. Pensando en las aspiraciones espirituales que tantos salesianos han confiado al Rosario y en los efectos maravillosos de esta oración para el éxito de nuestras obras se siente una grande pena y honda preocupación temiendo que pueda ser descuidada.

Yo quisiera además que en este año centenario, el Rosario rezado

todos los días en común o en particular, tuviese dos intenciones particulares: agradecer a nuestra Señora todo lo que ha hecho en favor de nuestra Familia en estos cien años, y pedir con esta oración un renovado fervor mariano en los Hermanos y en las almas en favor de las cuales trabajamos.

Nuestro Fundador y Padre, dedicando a la Virgen del Rosario la primera y humilde capillita de I Becchi en la casa de su hermano José, quería expresar su agradecimiento a la Virgen santísima por haber sido la guía de su juventud hasta el sacerdocio: el rezo del Rosario este año renovará la expresión del agradecimiento de toda la Congregación a nuestra Señora y nos dará seguridad y aliento en la gran tarea de renovación que hemos emprendido después del Concilio.

Tarea apostólica

También en el *plano apostólico* el centenario mariano nos descubre amplias y concretas perspectivas. La difusión de la devoción mariana, y más precisamente de la devoción a la Virgen bajo el título de María Auxiliadora, debe constituir un empeño más acuciente durante nuestras celebraciones. Don Bosco gozó de una predilección extraordinaria de parte de la Virgen, pero él se mereció este privilegio haciéndose apóstol de la devoción mariana. Los primeros salesianos han seguido este ejemplo y han recogido la herencia de nuestro Padre extendiendo en todo el mundo un verdadero apostolado mariano, como atestiguan las relaciones enviadas desde muchas Inspecciones en estos últimos meses a Turín. Desde el Santuario de Valdocco la gloria de María Auxiliadora se ha difundido verdaderamente en todo el mundo, como Ella misma había predicho a don Bosco.

Por este glorioso camino debemos seguir a un ritmo más acelerado durante el Centenario, recordando las palabras de don Bosco, que son una consoladora promesa muchas veces cumplida: « Propagad la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora y veréis lo que son milagros ». También el milagro moral de la cristianización y santificación de la juventud de nuestro tiempo será posible me-

diante las energías sobrenaturales eficacísimas, conseguidas en las fuentes de la Sma. Eucaristía y de la devoción mariana.

Para dar un programa todavía más preciso a nuestro apostolado durante el Centenario, después de haber rezado mucho, os propongo tres iniciativas que deben constituir un homenaje oficial y duradero de la Congregación a la Virgen. Estas tienen una importancia particular en la hora presente dentro del cuadro general de nuestra renovación; y yo, mientras las ofrezco como un don a la Virgen, pido su bendición y su ayuda para que puedan tener un seguro y feliz éxito.

a) *Expedición misionera*

Deseo en primer lugar realizar el voto expresado por el XIX Capítulo General que dice textualmente: « Secúndense los deseos de aquellos que quieren ir a las Misiones, en cuanto sea posible, siempre que tengan las cualidades necesarias. Dígase lo mismo de aquellos que desearían prestar sus servicios al menos durante cinco años, siempre que se les considere aptos » (Actas del Cap. Gen. XIX, pág. 211).

He dispuesto en consecuencia, de acuerdo con los Superiores del Consejo, que se organice dentro del 1968 la *primera expedición misionera de Sacerdotes* los cuales se ponen a disposición de la Congregación *para ejercer el ministerio por cinco años en alguna de nuestras regiones más necesitadas de la América latina*. Con este motivo hago un llamamiento a todos los que entre vosotros sientan el deseo de ofrecerse, por un período no superior a cinco años, a ejercitar diversas formas de ministerio (no se trata de ir a dar clase) en aquellas zonas de la América latina salesiana donde hay más urgencia de la ayuda sacerdotal.

El motivo de esta iniciativa es la precaria situación del catolicismo en América del Sur por la grave carestía de clero, el llamamiento angustioso que el Papa nos ha dirigido repetidas veces y al que hemos prometido responder, el ejemplo que nos dan otros institutos religiosos y laicos que nos han precedido en este reflorecimiento misionero.

Me consta que una de las órdenes religiosas más importantes de la Iglesia se prepara a aumentar el número de sus misioneros del 17% al 33% del número global de sus miembros. El hecho es

muy significativo. Por mi parte, de lo que he podido ver estos años me he convencido de que es profundamente verdadera la afirmación de un ilustre religioso: las Congregaciones florecen en la medida en que están animadas de un auténtico espíritu misionero.

Me confirmo en esta convicción al constatar lo generosos que son y lo dispuestos que están al sacrificio los jóvenes de nuestro tiempo. Ellos aborrecen la rutina que aburguesa la vida cristiana empobreciéndola, y más aún la religiosa que es donación, y acaba por apagar el ideal. Con frecuencia los jóvenes nos empujan por la senda del generoso, sacrificado y auténtico servicio misionero.

Conocéis ya el caso de esos treinta jóvenes — estudiantes, obreros, empleados y que ejercitaban su profesión — para poner en práctica la « *Populorum progressio* » han ido por su cuenta y riesgo desde Italia al Brasil donde han estado cuatro meses aportando una extra ordinaria ayuda a nuestra misión de Poxoreu. Es un mensaje de intrepidez y de alegre sacrificio que aplaudimos y recibimos con placer: nos viene de aquellos que hemos educado al apostolado.

Precisamente de diversas misiones del Brasil, y puedo decir que de casi todos los demás países de la América latina, me llegan voces cada vez más angustiosas y suplicantes. Se repiten con frecuencia frases como estas: « Cada vez somos menos, viejos, enfermos, cansados y con frecuencia desanimados. No siempre se reemplazan las bajas. Entre tanto la población ha crecido, los obreros evangélicos han disminuído y siguen disminuyendo, las distancias dividen y dispersan nuestras fuerzas. Al contrario los misioneros de otros credos son cada vez más numerosos y mejor adiestrados y equipados. La Congregación debe ayudarnos antes que venga la ruina. No pedimos pan para saciar el hambre, pedimos pan para sobrevivir ». ¿Cómo se puede quedar insensibles ante tales úplicas que responden a la verdad, como nos atestiguan no sólo los Inspectores y nuestros Obispos, sino también los Superiores Regionales a medida que van tomando contacto con la penosa realidad?

Prevento la objeción de alguno: « Pero también en nuestra Inspectoría hay escasez de personal, las vocaciones no son tan numerosas ». Quien fuese de este parecer creo que lo cambiaría seguramente

si pudiera darse cuenta personalmente de la situación en que viven, sufren y caen nuestros Hermanos en aquellas regiones. No hay comparación, por ejemplo, entre la realidad de Europa y la de algunas Inspectorías de la América latina. Si en el viejo Continente los brazos escasean, en alguna de aquellas regiones faltan completamente. Por otra parte si en alguna Inspectoría se reducen aquellas actividades que absorben personal sin un rendimiento apostólico proporcionado, no se sigue un grave daño, tanto más si en el plan de conjunto se sabe distribuir y completar inteligentemente el personal y las obras con laicos preparados, capaces, deseosos de colaborar en el apostolado. Pero negar el apoyo a aquellos Hermanos equivaldría a perder tal vez de modo irreparable miles y miles de almas de las que la Congregación es responsable ante la Iglesia, no dando oídos a las súplicas de los hermanos, de las almas, de la Iglesia.

Muy queridos Hermanos e Hijos, debemos de abrir los ojos a la realidad y mirar más allá de los estrechos límites de nuestra Casa, de nuestra Inspectoría, sacando las consecuencias: esto es caridad, más aún me parece poder afirmar que es justicia. La Congregación lo he dicho ya otra vez, no está hecha de compartimientos estancos. De esta comprensión, de esta activa apertura y sensibilidad los Hermanos de las diversas Inspectorías recibirán un nuevo impulso de generosidad, de renovada confianza, de optimismo constructivo: la Congregación sentirá en toda su riqueza la verdad de la palabra de Cristo: « Date et dabitur vobis ».

Yo siento que don Bosco, después de haber intuído en el siglo pasado la importancia de la evangelización de la América latina, pediría a la Congregación que tomase sobre sí esta responsabilidad que nos impone también nuestra posición en aquellas repúblicas.

Me doy cuenta que se trata de una cosa nueva, que requiere sacrificios y mucha decisión, pero yo la pongo bajo la protección de María Auxiliadora y estoy seguro que Ella bendecirá la iniciativa de esta nueva era salesiana, recompensando con creces los eventuales sacrificios que las Inspectorías deberán hacer en un primer momento. A este respecto quiero recordaros a todos, Superiores y simples Hermanos lo que me decía un grande Arzobispo: « Siempre que uno

de mis clérigos, aunque sea en vísperas de la ordenación sacerdotal, me pide seriamente permiso para ir a las misiones, se lo concedo: el Señor me ha compensado con el fervor de los seminaristas y siempre con otras vocaciones de óptima calidad. Debe movernos una fe viva y una grande caridad en nuestras obras ».

Descendiendo en seguida al plano de la realización invito a los Hermanos que deseen acoger mi llamamiento a que dirijan su petición a mí personalmente. Para mí será un motivo de grande gozo recibir tales ofrecimientos. Es necesario tener presente que la invitación va dirigida a los sacerdotes que no pasan de los 35 años, y para un período de cinco. Talvez no se puedan aceptar inmediatamente todas las peticiones, por los complicados intereses que se deben combinar, pero el haberse puesto a disposición de la grande causa será ya un mérito que Nuestra Señora tendrá en cuenta.

Con la invitación quiero también decir una palabra paternamente clara. Los Hermanos escogidos serán debidamente preparados a la misión a que hayan sido destinados, pero todos ellos sepan desde ahora que deberán afrontar muchos sacrificios, que no se trata de una escapatoria para resolver situaciones particulares de intolerancia, de descontento, de desequilibrio y otras parecidas o para conocer tierras y gentes nuevas. Se va a América para aportar la propia colaboración al ministerio de los Hermanos, convencidos que todo esto comportará sacrificios y renunciaciones no sólo de índole física o material, sino tal vez mucho más de índole psicológica: es el precio con el que se conquistan las almas. Don Bosco lo decía ya a los misioneros que iban precisamente a América.

b) *Centro Juvenil*

La segunda iniciativa que quisiera ver realizada con ocasión del Centenario es la de un *Centro Juvenil en cada Inspectoría*, que responda en pleno al pensamiento del Capítulo General. También en este caso se trata de una obra cuya realización ha sido vivamente deseada y solicitada, cuando se ha deliberado la reorganización del Oratorio como Centro Juvenil capaz de responder a las exigencias de la juventud de hoy y a las esperanzas que con razón tiene la Iglesia puestas

en nuestra Congregación (Actas del XIX Cap. G., pág. 119, 157, 158, 160). Todos estamos persuadidos de su utilidad, más aún de su necesidad y de la urgencia con que debemos adaptar nuestro apostolado juvenil a las exigencias de nuestro tiempo: hay que romper el cinturón de hierro de las dificultades que naturalmente se oponen a esta empresa, y pasar a la acción.

Cuando el 8 de diciembre de 1841 don Bosco comenzó su obra, podía tener dudas mucho más graves que las nuestras, como le sucedió después con otras iniciativas. Rezó el Avemaría con Bartolomé Garelli y se sintió con fuerzas para comenzar con la ayuda de la Sma. Virgen. ¿Nos negaremos a hacer un acto de fe y a edificar en el nombre del Señor una obra que puede señalar nuevos rumbos en nuestro apostolado entre los jóvenes? Está en marcha el estudio en torno al reajuste y planificación, y el Centro Juvenil ha de tener su posición precisa y adecuada entre las demás obras.

No se exige para esto una obra nueva, sino la transformación o sustitución de una obra ya existente, adaptándola oportunamente a las nuevas exigencias de los jóvenes. Sé que en varias Inspectorías el Centro Juvenil es ya una hermosa realidad viva, y en otras está en fase de avanzada realización. Adelante, pues, con brio, con confianza y adaptandonos a las exigencias apostólicas de los tiempos.

c) *Casa de Ejercicios Espirituales*

Un último empeño es el de la *Casa de Ejercicios Espirituales*. El XIX Cap. Gen. ha deliberado: «Cada Inspectoría tenga posiblemente una Casa de Ejercicios Espirituales para los Hermanos y para toda clase de personas que están a nuestro cuidado (Cooperadores, Exalumnos, alumnos) y para todos los demás jóvenes» (Actas del XIX Cap. Gen., pág. 199). El voto del Capítulo General se ha demostrado muy oportuno y urgente por la experiencia adquirida en estos años más recientes. En aquellos lugares donde los Hermanos y los jóvenes pueden ser atendidos espiritualmente con retiros, cursillos, reuniones, etc. en Casas expresamente preparadas para esto, se ha comprobado un grande adelanto en la cualificación espiritual y apostólica.

Recordemos que nuestras Constituciones (Cap. I, art. 8) contem-

plan como nuestra la actividad de los retiros, ya sean cortos o largos, no sólo para los Hermanos sino también para los fieles en general, y que no será posible llevarla a la práctica, en nuestra progresista sociedad moderna, sin los medios necesarios y un ambiente acogedor. También esta obra debe de ser tenida en la justa consideración al programar el reajuste y planificación. Pongámosla en marcha en nombre de Nuestra Señora, Ella responderá del éxito.

Muy queridos Hermanos e Hijos,

como veis, las tres iniciativas que os he propuesto, eminentemente espirituales y salesianamente apostólicas, no quieren desvanecerse con el centenario de la Basílica. Serán los dones que, prolongándose en el tiempo, atestiguarán perennemente nuestra fidelidad a don Bosco en la devoción a María, entretejida, como don Bosco quería, con obras más que con palabras, y al mismo tiempo enriqueceremos a la Congregación en su espíritu y en su misión apostólica. La Virgen Auxiliadora, me gusta repetirlo, recibirá con agrado nuestro filial homenaje, asegurándonos su materna protección en el futuro como ha hecho hasta ahora.

Para terminar quiero recordaros dos iniciativas cuya realización la cuidará directamente el Consejo Superior. Son dos iniciativas que, mientras responden a un deseo común, vienen a adquirir el valor de símbolo: por eso las he dejado para el final.

Se trata de la restauración de la fachada de la Basílica de María Auxiliadora y de la Exposición Salesiana permanente en la cripta de la misma Basílica.

En cuanto a la fachada no se trata de grandes transformaciones, sino de útiles retoques: se eliminarán algunos elementos decorativos, añadidos al proyecto original sin tener en cuenta la pureza del estilo, y se harán aquellas reparaciones que han hecho necesarias el tiempo y la intemperie. Una fachada renovada, con claras líneas arquitectónicas y con sólidos elementos constructivos.

Yo veo en esta restauración como el símbolo de nuestra devoción a María Auxiliadora en este Centenario, renovada con la claridad y solidez de los principios y de las formas que la Iglesia nos propone y que don Bosco ha introducido en la espiritualidad salesiana.

Con la restauración de la fachada los peregrinos que llegarán a Turín encontrarán una novedad: una moderna exposición salesiana en la cripta de la Basílica. Queremos ofrecer un panorama de la Congregación, queremos mostrar cómo, bajo la guía de la Virgen, se ha desarrollado la prodigiosa misión de don Bosco, cuáles son hoy las estructuras y la organización de nuestra triple Familia, qué actividades apostólicas desarrolla en la Iglesia para responder a las exigencias del mundo moderno, cuál es el espíritu que la anima y las fuentes mismas de este espíritu. Será una síntesis de toda la grande y providencial historia salesiana dominada por la constante presencia de la Virgen, allí donde ha comenzado y de donde saca la fuerza propulsora para servir a la Iglesia.

Queridos Hermanos, todos los días, cuando me encuentro en Turín, me arrodillo delante de María Auxiliadora, procurando no sólo presentar en mis intenciones las necesidades de nuestra familia, sino queriendo de alguna manera representar ante la Virgen, con mi persona, a todos aquellos que se encuentran lejos.

Hace un poco de tiempo que atrae mi atención una circunstancia especial que orienta mi oración. Delante del cuadro taumatúrgico de María Auxiliadora, en el presbiterio, se alza y arde el gran cirio del Año de la Fe. Esta imagen que se ofrece a mi vista me hace pensar que este año todos los Hermanos, nuestros jóvenes y nuestros fieles, viven espiritualmente presentes en el Santuario de María Auxiliadora reavivando la antorcha de la Fe en comunión con toda la Iglesia. Nuestra Congregación, estoy seguro, saldrá renovada de este que quisiera casi llamar « año santo salesiano » para cumplir con su cometido entre los hombres de nuestro tiempo. Durante mi participación al Sínodo Romano he sentido más grave y urgente este deber, pero he visto también más claramente la grandeza de la misión que don Bosco ha abierto a nuestra Congregación. La Virgen Auxiliadora nos guíe para cumplirla con humilde y animosa fidelidad.

Os envío mi afectuoso saludo.

Confío en vuestro fraterno y filial recuerdo in Domino.

Don Luis Ricceri, Rector Mayor

II. COMUNICACIONES

El Año Mariano

El Rector Mayor ha oficialmente presentado e ilustrado en otra parte de las « Actas del Consejo » el Centenario de la Basílica de María Auxiliadora.

En espera del programa pormenorizado de las celebraciones, presentamos un prospecto general, fijándonos especialmente en las manifestaciones de mayor alcance espiritual y que se deben preparar con tiempo en todas las Casas e Inspectorías.

Fechas sobresalientes del Centenario

- Los festejos solemnes tendrán comienzo con el mes de María Auxiliadora en la tarde del *23 de abril de 1968*.
- Las manifestaciones externas tendrán su *momento-cumbre* el 24 de mayo, en coincidencia con la fiesta de María Auxiliadora. En ese período del año son todavía fáciles los movimientos de peregrinos.
- El aniversario de la Consagración, 9 junio, está reservado a las celebraciones de carácter religioso. Para esa fecha los compromisos de final de año y de exámenes impiden otras manifestaciones.
- Las peregrinaciones podrán realizarse durante todos los meses del Centenario y por lo tanto también durante el verano, según las particulares exigencias de cada grupo.
- En los meses de octubre y de noviembre se realizarán « Jornadas marianas » destinadas a categorías especiales (sacerdotes, educadores y educadoras, padres de familia, jóvenes).
- La clausura del Año Centenario está fijada para la Fiesta de la Inmaculada de 1968.

Peregrinaciones

Las peregrinaciones a la Basílica de María Auxiliadora de Turín constituyen un elemento sobresaliente del Centenario.

Se distinguen dos categorías de peregrinaciones:

1) — *Peregrinaciones promovidas por el Comité de festejos.*

Son tales las de Cooperadores (25 de abril), de Ex-alumnas (12 de mayo), de las Hijas de María Auxiliadora (14 de mayo), de los Ex-alumnos (23-24 de mayo), de los Pueri Cantores (a fines de junio), de algunos grupos de escuelas y de jóvenes (6 de mayo), de enfermos, etc.

Para dichas peregrinaciones se enviarán programas particulares por parte de los Delegados Nacionales o Encargados, a todos aquellos que deberán interesarse directamente de la organización local.

2) — *Peregrinaciones promovidas por iniciativa particular.*

Son las peregrinaciones organizadas por cada una de las Casas, Parroquias, Oratorios, etc. y que no entran en el cuadro de las peregrinaciones organizadas directamente por el Centro.

El Santuario de Turín tendrá la precedencia sobre cualquiera otra meta para las peregrinaciones salesianas de 1968. Aun teniendo en cuenta sus propias exigencias, los organizadores deberán entenderse previamente, en lo que se refiere a la fecha y al programa de las peregrinaciones, con el Centro de Turín, para evitar interferencias y confusiones.

Con esa finalidad han sido constituidos en Turín tres Comités, bajo la responsabilidad del Rector de la Basílica.

1) *Comité logístico:*

Brinda informaciones y ofrece su asesoramiento para alojamiento, comidas, transportes, etc. Sin embargo los contratos deberán realizarse directamente por los responsables de cada peregrinación.

2) *Comité peregrinaciones:*

Informa y orienta sobre la fecha y el programa de las peregrinaciones, las recibe a su llegada a la Basílica, las acompaña en las visitas

y en las diversas manifestaciones, según un esquema común para todos los grupos.

3) *Comité litúrgico:*

Recibe las peregrinaciones en la Basilica y las asesora en las funciones religiosas (predicaciones, S. Misa, confesiones, etc.) según un esquema común para todos los grupos.

Para obtener informaciones se dirijan al *Rector de la Basilica de María Auxiliadora, Don Giovanni Busato, Via Maria Ausiliatrice, 32 — 10100 Torino (Italia).*

Se enviarán oportunamente a las Oficinas Inspectoriales cartelones, programas pormenorizados, material de propaganda...

El Comité litúrgico está cuidando la publicación de un *libreto para las funciones religiosas durante la peregrinación.*

El Comité peregrinaciones prepara « la carpeta del peregrino » con un numero único sobre el Santuario, la Guía de Valdocco y la Guía de los lugares salesianos de Turín, etc.

Para cada peregrinación, además de la función religiosa, se podrán organizar otras manifestaciones de carácter salesiano en el teatro, visitas al Colle Don Bosco, a Mondonio, etc., de manera que se asegure la mayor eficacia espiritual de esta visita a los lugares donde tuvo su origen la Congregación.

Concurso Mariano

El Centro Internacional de Pastoral Juvenil ha lanzado la propuesta de un Concurso Mariano entre los Alumnos y Alumnas de los Oratorios, Institutos y Centros Juveniles Salesianos para participar más activamente en las celebraciones del Centenario y para orientar a nuestros jóvenes con este medio a una siempre más consciente y auténtica devoción hacia la Virgen.

El Concurso está organizado por la « Pastoral Juvenil », que enviará un reglamento y dará disposiciones sobre su realización.

Damos únicamente algunas informaciones generales.

El Concurso se divide en tres grupos:

el 1º para muchachos de los 11 a los 14 años (escuela media).

el 2º para jóvenes de los 15 a los 16 años (bienio siguiente).

el 3º para jóvenes de los 17 a los 19 años (trienio subsiguiente).

También el programa es triple: cultural, artístico, fotográfico.

El programa cultural de cada grupo consta de tres partes:

1) La Virgen en el Evangelio;

2) La Virgen en el Concilio Ecuménico Vaticano II;

3) La Virgen en la vida de Don Bosco. (Para los muchachos de la escuela media ha sido preparado un libro apropiado « La Virgen de Don Bosco » editado por la L.D.C.).

La « final » del Concurso Nacional Italiano está fijada para el 19 de mayo próximo. La premiación del Concurso para los vencedores de todas las Naciones participantes se efectuará en Turín el 7 de diciembre de 1968, en la conclusión del Centenario.

Exposición

En la Cripta de la Basílica de María Auxiliadora se inaugurará, para el Centenario, una Exposición en la cual quedará representada la historia, la organización y la actividad de nuestra Congregación adaptada a las exigencias de nuestro tiempo.

Constituirá un elemento complementario de las funciones religiosas, para mejor ilustrar a los peregrinos nuestra misión en la vida de la Iglesia.

Facultad para rezar el Breviario en lengua vulgar « comunitariamente »

El Rector Mayor ha pedido a la Sagrada Congregación de Religiosos « la facultad para todos los Sacerdotes Salesianos de satisfacer a la obligación del Divino Oficio, rezándolo en lengua vulgar, todas las veces que lo rezan unidos a toda la Comunidad ».

Con la fecha del 21 de abril la S. Congregación ha concedido la facultad pedida.

Nombramiento de Inspector

P. José Henríquez de la Inspectoría de Caracas (Venezuela).

III. DOCUMENTOS

SACRA CONGREGATIO
DE RELIGIOSIS

Prot. N. 12881-67

BEATISIMO PADRE,

El Rector Mayor de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco, prostrado a los pies de Su Santidad, implora humildemente la facultad para todos los sacerdotes salesianos de satisfacer a la obligación del Divino Oficio, rezándolo en lengua vulgar, todas las veces que lo rezan unidos a toda la Comunidad.

Pide la gracia, etc...

Vigore facultatum a Ss.mo Domino Nostro concessarum, Sacra Congregatio Negotiis Religiosorum Sodalium praeposita, attentis expositis a Rev.mo P. Oratore, benigne adnuit pro gratia iuxta preces, servatis ceteris de iure servandis.

Contrariis quibuslibet non obstantibus.

Datum Romae, die 21 aprilis 1967

(L. + S.)

✠ Paulus Philippe
a Secretis

D. M. Huot
Ad. a St.

IV. SALESIANOS DIFUNTOS

Don Pedro Adamo

* 26.3.1910, † en Catania (Italia) 16.7.1967 a 57 a., 38 de profesión y 29 de sacerdocio.

Su noble figura de sacerdote creaba fácilmente en torno a sí un clima alegre y jovial. La serena y prudente responsabilidad con que guio a los jóvenes oratorianos cautivaron la simpatía y la profunda estima de las familias que le confiaban los hijos con gusto. Por su constante y luminosa serenidad parecía que nunca tuviera aflicciones y realmente así era porque Don Pedro se sentía hombre de Cristo: sacerdote.

Coad Asensio Albizuri

* 27.10.1885, † en Pasajes-Renteria (España) 7.4.1967 a 81 a., y 60 de profesión.

Fue un salesiano piadoso, afectuoso y cordial con todos, servicial, con la candidez de un niño... un verdadero israelita donde no había engaño. Auténtico deportista era el animador de las fiestas y recreaciones de los chicos. Observante escrupoloso de las Santas Reglas, reflejaba en su mismo rostro la pureza de su alma. Trabajador incansable, factotum de viejo cuño, su jornada no contaba las horas. Desempeñó el oficio de enfermero con una delicadeza y donación verdaderamente conmovedoras. Murió con la serenidad que lo caracterizó durante toda su vida.

Don Nuncio Amato

* 20.12.1886, † en Mesina (Italia) 21.8.1967 a 80 a., 62 de profesión y 54 de sacerdocio.

Salesiano ejemplar, fidelísimo al espíritu de Don Bosco, consumió su larga vida solo al servicio de los jóvenes y de los hermanos.

Seguía con gran afecto los exalumnos, a quienes hacía llegar el recuerdo premuroso y la palabra sacerdotal cuando las circunstancias lo requerían.

Coad. Pablo Bagsik

* 18.11.1884, † en Czerwinsk (Polonia) 11.8.1967 a 82 a., y 44 de profesión.

Fue la suya una larga vida de gran trabajo que con amor ofreció a Dios en la Congregación. Se hizo salesiano con el deseo de sacrificarse por las misiones y de hecho después de los votos perpetuos fue misionero al Brasil. Con pena después de tres años tuvo que volver a Polonia por causa de su salud. Fue sacrificadísimo en el trabajo como proveedor de varias Casas, pero su misión predilecta fue la de cuidar la iglesia como bueno y piadoso sacristan.

Don Ladislao Barton

* 24.6.1906, † en Rzaska (Polonia) 1.9.1967 a 61 a., 41 de profesión y 31 de sacerdocio. Fue Director durante siete años.

Transcurrió su juventud sacerdotal en varis campos de concentración. Después del 1945 pasó algunos años en París, volvió a Polonia donde trabajó como Párroco. Sacerdote genial y precursor de los tiempos precedió la renovación litúrgica, organizó el Instituto de los laicos, hizo de su parroquia la Casa de los pobres, se ocupó de que se prepararan pequeños volúmenes apologéticos para los jóvenes. Pertenecía a la comisión de expertos parroquiales de la curia arzobispal de Krakow. Amaba tiernamente a la Virgen y en su honor hizo construir una capilla en acción de gracias por su vuelta del campo de concentración.

Don Francisco Boat

* 2.8.1901, † en Cape Town (Sud Africa) 16.10.1967 a 66 a., 43 de profesión y 36 de sacerdocio.

Pasó muchos años de fecundo apostolado en Sud Africa, donde dejó recuerdo imborrable de sacerdote observante, alegre, bueno, siempre pronto para tender su mano a quien tuviera necesidad. Fue asistente vigilante y premuroso y al mismo tiempo simpático y muy ama-

do de los jóvenes. Estaba bien preparado para la muerte que llegó imprevisamente.

Don Juan Bonifacino

* 2.9.1898, † en Montevideo (Uruguay) 7.6.1967 a 68 a., 51 de profesión y 43 de sacerdocio.

Dotado de inteligencia brillante, rico de dotes humanas trabajó infatigablemente y con verdadero celo sacerdotal 25 años, ofreciendo a las almas que se le acercaban pero sobre todo a la juventud una doctrina sólida y apta para cada caso. En el 1950 la enfermedad de Parkinson orientó su vida sacerdotal a la vocación de víctima que el aceptó y vivió conscientemente hasta el último instante. La muerte fue para él un paso espontáneo y tranquilo a la gloria de la eternidad.

Don José Brusadelli

* 16.7.1884, † en Piossasco (Italia) 13.11.1967 a 83 a., 60 de profesión y 48 de sacerdocio.

Salesiano de los primeros tiempos y de antiguo cuño, tuvo siempre salud delicada, y no obstante trabajó con mucho celo en Méjico y en Brasil; y de regreso en Italia en diversas Casas. Durante más de 20 años permaneció en esta Casa generalizia atendiendo al sagrado ministerio de la confesión en la Basílica de María Auxiliadora, y después viviendo una vida de recogimiento y de oración entre las paredes de una habitación de la enfermería y últimamente en la clínica.

Don Alejandro Calder

* 10.12.1901, † en Grange-over-Sands (Inglaterra) 15.10.1967 a 65 a., 47 de profesión y 39 de sacerdocio.

Pasó casi toda su vida salesiana en el Colegio de Bolton. En los últimos años su salud fue muy delicada, a pesar de ello no regateó en su generosidad de donación. Era asistente vigilante y fiel. Tipo más bien calmo y reservado exacto y ejemplar en todo, practicaba una profunda vida espiritual. Competente y apasionado maestro de dibujo en el colegio. Se distinguió por su porte delicado y atento con todos ganándose la estima y el afecto de cuantos lo trataban o conocían.

Don Juan Cattaneo

* 23.2.1881, † en Florencia (Italia) 21.7.1967 a 86 a., 68 de profesión y 58 de sacerdocio.

Durante 45 años fue párroco en la S. Familia sirviendo con celo y puntualidad la causa del Señor. Si quisiéramos recordar una prerrogativa suya, deberíamos recalcar su fidelidad al confesionario. Siempre presente al horario que se había fijado, quien iba a buscarlo podía estar seguro de encontrarlo. ¡Cuántas almas han aprovechado de su ministerio! Una vida toda sacerdotal, dispensando la gracia de Dios.

Don Eugenio Cavallo

* 4.7.1887, † en Genova-Quarto (Italia) 13.10.1967 a 80 a., 61 de profesión y 51 de sacerdocio. Fue Director un año.

Don Rafael Cerdá

* 26.1.1893, † en Mataró (España) 11.10.1967 a 74 a., 56 de profesión y 48 de sacerdocio. Fue Director durante cuatro años.

Pasó casi toda su vida en el Colegio de Mataró, ocupando los cargos de Consejero, Catequista y Prefecto. Fue admirable su delicadeza, espíritu de fe y obediencia, en el trato con diversos Directores que anteriormente con él habían estado clérigos en la Casa. Se cuentan entre ellos D. Modesto Bellido y D. Isidro Segarra. Ejemplarísimo su espíritu de sacrificio en la siempre paterna asistencia de los alumnos, y con frecuencia no se encontraba bien de salud. Fue siempre muy estimado de los Antiguos Alumnos a los que acompañaba con afecto en los días felices o tristes de la vida. A todos inculcaba siempre una gran devoción a María Auxiliadora. Con paciencia de Job rehizo perfectamente el rico fichero de los Antiguos Alumnos destruídos durante la persecución. D. Rafael era la sana tradición y la historia viviente del Colegio de Mataró.

Don Andrés Cocco

* 20.5.1890, † Santulussurgiu (Cerdeña-Italia) 20.10.1967 a 77 a., 37 de profesión y 34 de sacerdocio.

La vida salesiana de Don Cocco se irradió durante varios años como misionero en India y después en la Inspectoría Romana. Era un hermano ejemplar, sencillo, afable con todos, todo lo de la Comunidad le interesaba. Ejerció con fidelidad de ministerio su sacerdocio y cuando la enfermedad lo obligó a renunciar se recogió en la más profunda oración con la humildad y la reserva que tuvo toda la vida.

Coad. Miguel Cusini

* 7.9.1911, † en Nápoles (Italia) 27.9.1967 a 56 a., y 28 de profesión.

Don Estanislao Domino

* 30.4.1907, † en Oswiecim (Polonia) 4.9.1967 a 60 a., 43 de profesión y 33 de sacerdocio.

El Señor mostró particular predilección por la familia Domino concediéndole 4 hijos sacerdotes, 3 salesianos y uno diocesano. Don Estanislao era « la juventud salesiana » personificada: escribía poesías y dramas, tocaba, cantaba y dibujaba. Era el alma de la comunidad. Vivía para los jóvenes. Trabajaba mucho y con bríos. Predicaba con facilidad y era escuchado con gusto. Antes de morir dijo al Inspector: « Todos mis sufrimientos los ofrezco por la Congregación. Deseo inmensamente que sea grande, floreciente en todo el mundo, pero especialmente en Polonia. Amo mucho la Congregación. ¡Animo! continúen haciendo el bien a los jóvenes, enseñándoles el catecismo ».

Coad. José Galvis

* 5.5.1900, † en Silvania (Colombia) 24.8.1967 a 67 a., y 32 de profesión.

Era una vocación adulta. Prestó sus servicios como barbero en la Casa Inspectorial de Bogotá durante muchos años, luego en Mosquera y algunas otras. Tenía una gran devoción a María Auxiliadora y al Niño Jesús. Trabajaba con gusto por los niños pobres. Sencillo, piadoso y amante de sus deberes, lo llamaban « angelito » por el candor de su espíritu.

Don Juan Gasbarri

* 5.11.1886, † en Lima (Perú) 10.10.1967 a 80 a., 59 de profesión y 49 de sacerdocio. Fue Director durante 8 años.

En el 1910 partió para el Perú, pero en el 1932 volvió a Italia donde permaneció como celoso párroco de María Auxiliadora en Roma hasta el 1946, que obtuvo el poder volver a América. Por su gran caridad hacia los presos fue llamando « el ángel de los presos ». En este apostolado Don Gasbarri fue verdaderamente heroico, a él se consagró durante veinte años con una caridad pastoral que le hacía condicionar las penas físicas y morales de aquellos infelices, en tal modo de hacerlas suyas. Al celo con que Don Gasbarri acercaba las almas a Dios hay que unir el valor que desplegaba para afrontar aún los casos más difíciles. Don Gasbarri actuó en pleno la frase de Don Bosco: « Para hacer el bien es necesario coraje ».

Don Enrique Guerrier

* 28.11.1921, † en Saintes-Maries de la Mer (Francia) 18.6.1967 a 45 a., 21 de profesión y 17 de sacerdocio.

Hizo su aspirantado en Niza proveniente del Seminario Mayor de Puy. Durante mucho tiempo fue Prefecto en La Marsa, y más tarde ayudó al Padre Garnier, redactor de « Connaitre les Missions », revista misionera que substituyó, en la nación, a nuestra « Jeunesse et Missions ».

« Era un sacerdote — nos dice el P. Garnier — siempre a la búsqueda de un Dios más grande, de un mundo más grande, del hombre más grande, de la religión más grande, apasionado de Dios, devorado por la necesidad de obrar,.. ».

Coad. Marcelo Haren

* 11.4.1912, † en Kigali (Rwanda) 19.8.1967 a 55 a., 31 de profesión.

Pasó en el Congo casi toda su vida religiosa, útil para muchas ocupaciones no se escatimó en las pobres y difíciles Casas de misión. Demostró siempre una grande capacidad de trabajo, generosidad, exactitud en sus deberes religiosos.

Don Santiago Jerónimo

* 23.5.1884, † en Montevideo (Uruguay) 2.5.1967 a 82 a., 64 de profesión y 55 de sacerdocio. Fue Director tres años.

Trabajó en diversas Casas del Uruguay, Argentina y Paraguay, aquí ejerció su apostolado en el Chaco Paraguayo. Su « curriculum vitae » se resume todo en una humilde generosa entrega al ministerio sacerdotal y a la educación de los jóvenes. En los últimos años la esclerosterosis le impidió toda actividad apostolica, excepto el rezo del Oficio Divino y el santo Rosario. Fue salesiano dado de lleno a su vocación en una vida sin apariencias exteriores y vivida con sencillez.

Don Alejandro Kotula

* 26.2.1877, † en Oswiecim (Polonia) 29.7.1967 a 90 a., 70 de profesión y 63 de sacerdocio.

Era el salesiano más anciano de Polonia. Fue alumno interno del Colegio de Valsalice (Torino) se encaminó al sacerdocio y aprendió a buscar únicamente la gloria de Dios y el bien de las almas. Fue el salesiano bueno, sencillo, pobre, sacrificado, todo para los demás y nada para sí. Vivía del recuerdo conmovedor del Ven. don Rua, de don Rinaldi y de don Augusto Czartoryski, a quienes había conocido. Fue dado como secretario al Ven. don Rua en las visitas paternas a las primeras casas de Polonia.

Durante cuarenta años prodigó sus energías en favor de la juventud de Oswiecim como catequista. Como confesor hacía un bien inmenso a los hermanos, a los jóvenes y a los fieles. En los últimos días repetía con frecuencia: « Ofrezco mi vida por la Congregación y por la Inspectoría para que tengamos muchos y buenos hermanos y para que una a todos el amor fraterno. Yo he sido muy feliz en la Congregación ».

Don Mariano Kubrycht

* 18.9.1901, † en Aleksandrow Kujawski (Polonia) 29.9.1967 a 66 a., 43 de profesión y 35 de sacerdocio. Fue Director durante 12 años.

Fue un apóstol rico de iniciativas en el ministerio sacerdotal: fue redactor de los periódicos polacos, director y organizador del Seminario Menor diocesano, fundador del Centro religioso inter-parroquial para el « Cuerpo de Bomberos » y últimamente iniciador de una nueva forma de apostolado catequístico a través de cintas magnetofónicas.

Coad. Guillermo Lingg

* 3.2.1885, † en Helenenberg (Alemania) 13.9.1967 a 82 a., y 42 de profesión.

Tenía talento para el Oratorio y se mostró siempre diligente y ordenado en sus cosas con buenas cualidades para su trabajo salesiano. Antes de ser salesiano fue miembro de la asociación de Kolping en Insbruck y se distinguió por su espíritu de sacrificio.

Coad. Anastasio Martín

* 30.5.1887, † en Barcelona-Tibidabo (España) 1.7.1967 a 80 a., y 61 de profesión.

Decía él que su vocación tuvo inicio en las palabras que dijo el Ven. don Rua contestando a un saludo que él le dirigió por encargo de los Superiores del Colegio, cuando Don Rua hizo su visita a la Casa de Béjar (Salamanca-España). Pertenecía a la gloriosa generación, ya casi extinguida, de coadjutores formados en Sarriá-Barcelona, a la escuela de los primeros salesianos enviados por Don Bosco. Entre las virtudes características que poseía se destacan: una serena tranquilidad que hacía recordar el « nada te turbe » de Santa Teresa; una piedad sentida, lo demuestra sus libros de devoción ajados por el uso continuo que de ellos hacía; amor al trabajo infatigable, en el que consumía horas y horas de su jornada dándose de lleno a sus ocupaciones a pesar de su débil salud. Formó muchos jóvenes y salesianos en el amor al trabajo y a la piedad. El Tibidabo lo tuvo últimamente entre sus más asiduos adoradores.

Ch. Tullio Marzari

* 9.11.1939, † en Rovereto (Italia) 6.9.1967 a 27 a., y 8 de profesión.

En su propia familia encontró y se formó en aquellas que fueron

sus características más salientes: coherencia humana y religiosa, serenidad constante, amor al prójimo. Este amor hizo crecer en él la vocación misionera, por lo que después del aspirantado se fue a Tailandia para hacer el noviziado. Desde el 1965 estudiaba Teología en Salerno, donde se hizo querer de todos. Esta oración revela su auténtica pasión por Cristo: « Jesús, Tu que lees en lo más profundo de mi corazón ves que te quiero amar muchísimo. Oh Dios del alma mía, Tu eres mi más sincero amigo, que me amas grandemente como soy. Quiero hacer de mi vida una alegre, generosa y constante oferta de mí mismo por Ti y por las almas ».

Coad. José Mazzucchelli

* 11.10.1917, † en Milán (Italia) 8.11.1967 a 50 a., y 27 de profesión.

Coad. José Nones

* 22.6.1919, † en Sangradouro (Brasil) 15.6.1967 a 48 a., y 10 de profesión.

Vocación adulta de Belluno (Italia), dos años después de la profesión se fue misionero al Brasil, donde trabajó con los indios Xavantes; se cuenta el Sr. Nones entre los primeros salesianos que establecieron contactos con esta tribu. Fue siempre religioso ejemplar y dispuesto al sacrificio. Víctima de un accidente de camión murió rezando el santo Rosario mientras lo llevaban a casa.

Don Guido Ravasi

* 3.3.1903, † en Treviglio (Italia) 3.9.1967 a 64 a., 48 de profesión y 39 de sacerdocio.

Don José Riba

* 1.4.1901, † en Salta (Argentina) 21.9.1967 a 66 a., 49 de profesión y 41 de sacerdocio.

Fue profesor y catequista muy apreciado; desde los primeros años de su vida salesiana se manifestó gran propagandista de la devoción a Santo Domingo Savio. En 1954 organizó en Buenos Aires los festejos de su canonización. Por su habilidad administrativa le fue confiada la misión de delegado nacional de estudios ante las autoridades Estatales.

Don Emilio Rico

* 15.9.1884, † en Medellín (Colombia) 26.10.1967 a 83 a., 66 de profesión y 54 de sacerdocio. Fue Director 24 años.

Era una vocación de los primeros tiempos de Colombia salesiana y fue una figura veneranda que dió a todos un magnifico ejemplo de trabajo sacerdotal y salesiano. Tuvo un intenso curriculum apostólico primero como docente y luego como director de las Casas de formación. Fundó las casas de Tunja y Tuluá. En nuestra inspección se recordará siempre su figura de sacerdote celoso de la gloria de Dios y de salesiano amante de la Congregación.

Don José Rola

* 11.10.1926, † en Fatumaca (Timor Portugués) 7.11.1967 a 41 a., 23 de profesión y 13 de sacerdocio. Fue Director por tres años.

Don Rola fue hombre de vida interior. Vivía intensamente el apostolado misionero y no estuvo tranquilo mientras no volvió a su campo de trabajo. Se mostró exacto en el cumplimiento del deber, era riguroso consigo mismo.

Don Luis Rosti

*24.3.1909, † en Fiesco (Italia) 19.9.1967 a 58 a., 39 de profesión y 32 de sacerdocio.

Sacerdote que vivió su vocación con sencillez y entrega primero como docente y más tarde en la parroquia. Dedicó todo su tiempo al estudio de cosas históricas y religiosas, en las que encontró consuelo en los sufrimientos de sus últimos años, que aceptó con cristiana resignación y ofreció por el bien de los jóvenes a quienes se prestaba en el ministerio de la confesión.

Don Carlos Ruloph

* 19.8.1938, † en Richmond (USA) 10.9.1967 a 29 a., 10 de profesión y seis meses de sacerdocio.

Don Antonio Salsi

* 23.8.1903, † en Parma (Italia) 26.6.1967 a 63 a., 44 de profesión y 35 de sacerdocio.

Ejerció su apostolado en los oratorios y en las Parroquias de varias casas. Ultimamente fue a Parma como confesor de los jóvenes y de los hermanos; este fue para él un deber particularmente indicado: hombre sencillo y de gran bondad, capaz de comprender y de aconsejar. Una parálisis lo obligó a la inactividad en los últimos años de su vida.

Don Gustavo Schiaffini

* 15.11.1887, † en Roma (Italia) 5.7.1967 a 79 a., 58 de profesión y 45 de sacerdocio.

Don Eduardo Swider

* 21.2.1914, † en Przemysl (Polonia) 7.9.1967 a 53 a., 29 de profesión y 20 de sacerdocio.

Durante 10 años trabajó en Palestina y la recordó siempre con nostalgia. Vuelto a Polonia fue Párroco, profesor y últimamente capellán del hospital. Sabía acercarse a los hombres con una conversación fácil, tenía amigos por todas partes. Era estimadísimo en el hospital de Przemysl por su trabajo, tanto que el Ordinario del lugar quiso personalmente tomar parte a sus funerales y celebrar la Misa.

Coad. José Vandewal

* 13.3.1888, † en Hechtel (Bélgica) 24.10.1967 a 79 a., y 41 de profesión.

Hijo de padres modestos, continuó en su vida cultivando sobre todo la sobriedad y la pobreza propias del espíritu salesiano. Se puso al servicio de todos: hermanos y jóvenes. Encontró en la Eucaristía la fuerza para ser un buen religioso convirtiendo su trabajo de agricultor en apostolado. Aceptó cristianamente la cruz de la última enfermedad.

Don Francisco Villanueva

* 9.3.1910, † en Mérida (España) 10.10.1967 a 57 a., 41 de profesión y 25 de sacerdocio.

3° Elenco 1967

N.	COGNOME E NOME	DATA DI NASCITA	ISPETTORIA	LOCALITÀ E DATA DI MORTE	ETÀ
82	Sac. ADAMO Pietro	26-3-1910	Sicula	Catania (Italia)	16-7-1967 57
83	Coad. ALBIZURI Asensio	27-10-1885	Bilbao	Pasajes (Spagna)	7-4-1967 81
84	Sac. AMATO Nunzio	20-12-1886	Sicula	Messina (Italia)	21-8-1967 80
85	Coad. BAGSIK Paolo	18-11-1884	Lódz (Pol.)	Czerwinsk (Polonia)	11-8-1967 82
86	Sac. BARTON Ladislao	24-6-1906	Kraków (Pol.)	Rzaska (Polonia)	1-9-1967 61
87	Sac. BOAT Francesco	2-8-1901	Inghilterra	Cape Town (S. Africa)	16-10-1967 66
88	Sac. BONIFACINO Giovanni	2-9-1898	Uruguay	Montevideo	7-6-1967 68
89	Sac. BRUSADELLI Gius.	16-7-1884	Centrale	Piosasco (Italia)	13-11-1967 83
90	Sac. CALDER Alessandro	10-12-1901	Inghilterra	Grange-over-Sands (Ingh.)	15-10-1967 65
91	Sac. CATTANEO Giovanni	23-2-1881	Ligure	Firenze (Italia)	21-7-1967 86
92	Sac. CAVALLO Eugenio	4-7-1887	Ligure	Genova-Quarto (Italia)	13-10-1967 80
93	Sac. CERDÀ Raffaele	26-1-1893	Barcellona	Mataró (Spagna)	11-10-1967 74
94	Sac. COCCO Andrea	20-5-1890	Romana	Santulussurgiu (Italia)	20-10-1967 77
95	Coad. CUSINI Michele	7-9-1911	Madras (India)	Napoli (Italia)	27-9-1967 56
96	Sac. DOMINO Stanislao	30-4-1907	Kraków (Pol.)	Oswiecim (Polonia)	4-9-1967 60
97	Coad. GALVIS Giuseppe	5-5-1900	Bogotà (Col.)	Silvania (Colombia)	24-8-1967 67
98	Sac. GASBARRI Giovanni	5-11-1886	Perù	Lima (Perù)	10-10-1967 80
99	Sac. GUERRIER Enrico	28-11-1921	Paris (Fr.)	Saintes-Maries de la Mer (Francia)	18-6-1967 45
100	Coad. HAREN Marcello	11-4-1912	Africa Cen.	Kigali (Rwanda)	19-8-1967 55
101	Sac. JERONIMO Giacomo	23-5-1884	Uruguay	Montevideo (Uruguay)	2-5-1967 82
102	Sac. KOTULA Alessandro	26-2-1877	Kraków (Pol.)	Oswiecim (Polonia)	29-7-1967 90
103	Sac. KUBRYCHT Mariano	18-9-1901	Lódz (Pol.)	Aleksandrów Kujawski (Polonia)	29-9-1967 66
104	Coad. LINGG Guglielmo	3-2-1885	Köln (Germ.)	Helenenberg (Germania)	13-9-1967 82
105	Coad. MARTIN Anastasio	30-5-1887	Barcellona	Barcellona (Spagna)	1-7-1967 80
106	Ch. MARZARI Tullio	9-11-1939	Thailandia	Rovereto (Italia)	6-9-1967 27
107	Coad. MAZZUCHELLI Gius.	11-10-1917	Orientale	Milano (Italia)	8-11-1967 50
108	Coad. NONES Giuseppe	22-6-1919	Campo Grande	Sangradouro (Brasil)	15-6-1967 48
109	Sac. RAVASI Guido	3-3-1903	Lombarda	Treviglio (Italia)	3-9-1967 64
110	Sac. RIBA Giuseppe	1-4-1901	Buenos Aires	Salta (Argentina)	21-9-1967 66
111	Sac. RICO Emilio	15-9-1884	Medellín	Medellín (Colombia)	26-10-1967 83
112	Sac. ROLA Giuseppe	11-10-1926	Portogallo	Fatumaca (Timor Port.)	7-11-1967 41
113	Sac. ROSTI Luigi	24-3-1909	Lombarda	Fiesco (Italia)	19-9-1967 58
114	Sac. RULOPH Carlo	19-8-1938	S. Francisco	Richmond (U.S.A.)	10-9-1967 29
115	Sac. SALSI Antonio	23-8-1903	Lombarda	Parma (Italia)	26-6-1967 63
116	Sac. SCHIAFFINI Gustavo	15-11-1887	Romana	Roma	5-7-1967 79
117	Sac. SWIDER Edoardo	21-2-1914	Kraków'	Przemysl (Polonia)	7-9-1967 53
118	Coad. VANDEWAL Giuseppe	13-3-1888	Belgio Nord	Hechtel (Belgio)	24-10-1967 79
119	Sac. VILLANUEVA Fran.	9-3-1910	Sevilla	Mérida (Spagna)	10-10-1967 57